



LAS MISIONES CATÓLICAS

AL LECTOR



ros quiere que todos los hombres se salven, conforme nos certifica el Apóstol de las gentes. Al efecto, antes de subir al cielo, Nuestro Señor Jesucristo dijo á sus Apóstoles, y en ellos á sus sucesores: «Id y predicad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándolas á guardar mis Mandamientos.» La Iglesia, desde el primer día de su institución viene cumpliendo este deber sagrado, de suerte que la historia de la Iglesia no es otra cosa que la historia de las Misiones, que no han cesado ni cesarán hasta el fin de los tiempos. Desde hace diecinueve siglos el mundo entero no deja de ser surcado en todos sentidos por legiones de apóstoles de la Cruz que se suceden y se lanzan de continuo á la conquista de las almas. En nuestra misma época, á pesar de la molicie y corrupción que todo lo invaden, cada año numerosos misioneros españoles, franceses, belgas é italianos, pertenecientes á todos los Institutos religiosos, Franciscanos, Dominicos, Jesuitas, Lazaristas, Padres del Espíritu Santo, Oblatos, Salesianos, etc., etc., parten de la vieja Europa y desparrámanse por el mundo, sin ningún estímulo terreno, acomodándose á todas las necesidades, y haciéndose servidores de todos á fin de ganarlos á todos para Jesucristo. Ni los hielos del polo ni los ardores de los trópicos pueden detener la actividad de su celo. Viven con los esquimales y los groenlandeses en su odre de piel de vaca marina; arrastrados en trineos, sobre perpetuas nieves, por rengíferos ó perros; rezando el Oficio divino al resplandor de las auroras boreales, y alimentándose con aceite de ballena. Recorren las soledades montados en el dromedario de la Arabia, ó siguen al café á pie en los abrasadores arenales del desierto. En

la India se condenan á la mortificada y monótona vida de los bonzos, no arredrándoles el quedar como proscritos y privados durante muchos años de toda humana correspondencia. En la China visten el ropaje de los letrados, dan lecciones de geometría é inician á los mandarines en el curso de los astros, inspirándoles á la vez el amor á la Religión cristiana. En el Paraguay y el Brasil traspasan los ríos más caudalosos y se internan en los bosques, sin otras provisiones que la confianza en Dios, atravesando selvas vírgenes, caminando por terrenos pantanosos con agua hasta la cintura, registrando las cavernas y sondeando los precipicios, con riesgo de encontrar animales feroces en vez de hombres.

Por la misericordia divina sus esfuerzos se ven coronados con éxito asombroso: todos los años arrancan á la idolatría ó á la ignorancia á miles de seres expuestos á morir sin haber conocido todo lo que de consolador, de bello, de grande y de sublime encierra la doctrina del Divino Maestro. No, empero, sin peligro realizan sus heroicos trabajos. ¡Cuántas veces el brutal desenfreno de hordas salvajes se ha cebado en la indefensa persona de los pobres misioneros! Las ásperas vertientes de los Andes, las dilatadas riberas del río de la Plata, los seculares bosques del Canadá y del Kentuki, las desconocidas tierras del Japón y de la China, ¡cuántas veces no han visto esparcidos sobre el suelo los restos sagrados de cien y cien víctimas inmoladas en aras de su fervor por la propagación de la doctrina del Crucificado!

Referir las hazañas de estos obreros evangélicos perseguidos ó triunfantes, pero siempre gloriosos; trazar un animado y completo cuadro de las luchas y victorias de la verdad en nuestros días, es interesar vivamente al lector poniéndole á la vista la grande obra civilizadora que de continuo está llevando á cabo la Iglesia, y de la cual todos pueden ser partícipes con sus oraciones y limosnas. Así lo viene haciendo veinticuatro

años ha el Boletín titulado *Les Missions Catholiques*, órgano oficial de la bienhechora Obra de la Propagación de la Fe, una de las más grandes Instituciones modernas, que sostiene Seminarios, costea los viajes de multitud de varones apostólicos, alimenta á los católicos oprimidos de la Escandinavia y del Oriente, sostiene las nacientes cristiandades del Oregón y de la Australia, y suministra el pan á los Mártires del Tunkin y de la Polinesia hasta que vuelan al cielo con la inmarcescible corona.

De dicho Boletín, que se publica en Lyón semanalmente, salen á luz en Europa una edición semanal italiana en Milán, y otras mensuales, como la alemana, en Friburgo; la holandesa, en Bois-le-Duc; la inglesa, en Londres; la polaca, en Cracovia, y la húngara, en Grand-Varadin. Deseosos de que la católica España, cuya lengua se habla en ambos hemisferios, no sea menos que la hoy tan abatida Polonia y que Inglaterra, todavía en su mayor parte protestante, de acuerdo con la Dirección general empezamos á publicar la presente edición quincenal española, que por el esmero con que será editada no desmerecerá de las más acreditadas del extranjero. Numerosas y notables relaciones, memorias y viajes, acompañados de bellos grabados ente-

ramente inéditos, darán á esta Revista un encanto, un sello pintoresco y un interés siempre creciente. Gracias á estos trabajos de los misioneros, trabajos en los que la piedad y la ciencia encuentran igual alimento; y gracias también al creciente interés que despiertan cada día las exploraciones lejanas, confiamos que será bien acogida esta nueva aparición de *Las Misiones Católicas*, que al mismo tiempo que redundará en honra de España, contribuirá á que siendo más conocidos el fruto de las Misiones y las necesidades de las mismas, se muevan las almas generosas á socorrerlas, acto de caridad sin duda de la mayor excelencia. En ello se interesan á una los objetos más caros á todo corazón cristiano: la gloria de Dios y la salvación de las almas. Al efecto, autorizados por la Dirección general de la Obra recibiremos en nuestra Administración y remitiremos brevemente á la misma para su destino, las limosnas con que se quiera favorecerla, haciéndolas constar en la última página del primer número que se publique después de su recibo.

¡Dígnense el Sagrado Corazón de Jesús, la Virgen Inmaculada y el Patriarca San José, Patronos de las Misiones católicas, bendecir esta nueva edición española del Boletín oficial de la Obra de la Propagación de la Fe!

S. Ema. EL CARDENAL LEDOCHOWSKI

ACTUAL PREFECTO DE LA PROPAGANDA

PARA llenar la vacante que en la Sagrada Congregación de Propaganda dejó el Emmo. cardenal Simeoni, fallecido el 14 de Enero de 1892, nombró el Papa León XIII á S. Ema. el cardenal Ledochowski, anteriormente secretario de Breves y gran canceller de las Ordenes Ecuéstres Pontificias.

Confesor de la fe en las cárceles prusianas durante la época del Kulturkampf, nadie mejor que el valiente Prelado podía ponerse al frente de esa heroica falange de apóstoles cuyo único anhelo se cifra en padecer y morir por Jesucristo.

Al honrar nuestras columnas con el retrato (véase pág. 5) del eminente Purpurado que por delegación de Su Santidad es jefe y guía de las obras de propaganda apostólica, lo acompañamos con los principales rasgos de su carrera, tan llena de trabajos, de abnegación y celo.

Nació el señor conde Miecislao Ledochowski en Gork, diócesis de Sandomir (Polonia), el 29 de Octubre de 1822.

Enviado primero como representante de la Santa Sede á Santa Fe de Bogotá (Nueva Granada), retiróse de allí el Papa el año 1851, al desencadenarse la persecución religiosa. El 30 de Septiembre de 1861 fué nombrado arzobispo titular de Tebas, y luego destinado á Bruselas en calidad de Nuncio apostólico.

Ocupaba todavía este puesto cuando, en 16 de Septiembre de 1865, los Capítulos de Gnesen y Posen le eligieron arzobispo en reemplazo del Ilmo. Przyluski. Preconizado en el Consistorio del 8 de Julio de 1866, en 14 de Abril del mismo año prestó juramento en manos del Rey de Prusia.

En 1874, durante la persecución religiosa de Alemania, condenósele primero á pagar una multa, y fué internado luego en Ostrowo, lugar cercano á la Silesia, por su negativa á comparecer ante el Tribunal de apelación de Posen, á quien negaba toda competencia en asuntos eclesiásticos. Pío IX le envió la púrpura en su prisión: fué creado cardenal el 15 de Marzo de 1875 al mismo tiempo que los Ilmos. Simeoni y Manning.

Restablecida la paz entre la Santa Sede y Alemania, Su Santidad León XIII le llamó á Roma, donde goza de grande y legítima influencia.

A raíz de su nombramiento para prefecto de la Sagrada Congregación de Propaganda, los Consejos Centrales de la Obra de la Propagación de la Fe le enviaron respetuosas felicitaciones, á las que se dignó contestar con la mayor benevolencia el ilustre Príncipe de la Iglesia.

«Llamado, escribía, por la voluntad del Sumo Pontífice á ocupar la vacante del cardenal Simeoni, me he propuesto dirigir la primera palabra á los Presidentes y Consejos Centrales de la Obra de la Propagación de la Fe, auxiliar eficazísimo de la Iglesia en el cumplimiento de su levantada misión de evangelizar el universo. Desde mi más tierna juventud amo y admiro vuestra Obra, á la que siempre he procurado asociarme cuanto lo permitían mis débiles fuerzas.

«Nunca hubiera creído que Dios quisiese servirse de las que me restan al declinar de mi vida, para estrechar, de un modo tan lisonjero para mí, los lazos que con Vds. me unen. Gustoso las emplearé en bien de la causa por la que Vds. trabajan, y al suplicarles cuenten constantemente con mi completa adhesión á sus personas y á la Obra que Vds. dirigen, ruego á Nuestro Señor continúe derramando sobre Vds. y sobre ella sus celestiales bendiciones.»

CORRESPONDENCIA

COCHINCHINA (Indochina)

Persecución en Anam

Tristes son los detalles que tiempo ha se vienen recibiendo de las persecuciones de que son víctimas los miembros convertidos de la familia real de Anam. El Rdo. Allys, misionero en la Cochinchina Septentrional, en carta dirigida á los Directores de la Obra de la Propagación de la Fe, anuncia que siguen tales vejaciones, cuya terminación desgraciadamente no se vislumbra, haciendo todo temer, por el contrario, mayor recrudescimiento de las mismas.

No cede ¡ay! la persecución de que ya tiene V. noticia, y me veo en el caso de fortalecer y alentar á sus víctimas.

Los dos príncipes desterrados continúan en el estrecho calabozo á que el odio de los mandarines, especialmente de Nguyen-Trong-Hiep, les ha condenado en las montañas de Quang-Ngai. No les quitan un momento la gruesa cadena que les remacharon al cuello y á los pies antes de su partida de Hué, y su peso contribuye no poco á hacerles más penosa la existencia y á disminuir las escasas fuerzas que les quedan después de las miserias que han sobrellevado. Así es que previendo que la muerte les libertará en breve de sus padecimientos físicos y morales, estos generosos neófitos se preparan todos los días, delante del ataúd que ha de recibir sus despojos mortales, á comparecer ante el Divino Remunerador.

Respecto á los otros príncipes y princesas, si no han sido aún reducidos á prisión y encarcelados débese á que la Corte de Hué teme traspasar los límites que se le han señalado: sin embargo, nuestros enemigos han hecho cuanto les ha sido posible, y mientras aguardan ocasión favorable de satisfacer enteramente su odio, han privado de su dignidad de príncipes y de todos los privilegios inherentes á esta dignidad, á los miembros convertidos de la familia real, de suerte que estos fervorosos cristianos no tienen otros recursos para subvenir á sus necesidades, que los que puedan procurarse dedicándose á algunos oficios proporcionados á sus fuerzas. Repetidas veces he tenido que socorrerlos, pero yo también soy pobre, y me veo en la imposibilidad de sostener por más tiempo á estos infelices. ¡Ah! si algunas almas piadosas, conmovidas por la triste suerte en que el odio de los enemigos de nuestra Religión ha sumido á estos hijos del rey de Anam, tuviesen la caridad de enviarles algunos recursos, serían muy agradables á Nuestro Señor, por quien padecen persecución, sin contar que cotidianamente subirán fervorosas súplicas al cielo en favor de los generosos bienhechores.

Grande será, ciertamente, el asombro de V. al saber que los mandarines se atreven todavía á perseguir á los católicos á la sombra de la bandera francesa: confieso que participo de su estupor, y al ver que nuestras reclamaciones se pierden en las oficinas del Protectorado francés, sin saber siquiera si se dignan mirarlas, estamos por preguntarnos si Francia quiere renegar del magnífico papel que ha representado hasta estos últimos años en el Extremo Oriente.

No perdemos, sin embargo, la confianza, y á pesar de todo esperamos que los representantes franceses harán que cesen unas persecuciones tan impolíticas como injustas. Entre tanto, con gran dolor de nuestros corazones, vemos que disminuyen las conversiones en muchos puntos. ¿Cómo podría ser de otra suerte al ver los infieles que se entrega á los cristianos sin defensa á la venganza de los mandarines? pues no son únicamente los miembros de la familia real los perseguidos: en muchas localidades el pueblo, envalentonado por la manera de obrar de los mandarines, se niegan á entregar á los católicos la asignación con que hasta hoy las municipalidades contribuían á la conservación de las iglesias y del culto, siendo lo peor que tales vejaciones han comenzado en la capital, y amenazan extenderse á las provincias. En el momento de escribir la presente llega á mi noticia que, á pesar de los tratados, en un pueblo se impide por la fuerza á los católicos levantar una iglesia en su territorio.

¿A dónde nos llevarán tales vejaciones é injusticias? Lo ignoro. Pero si los representantes del Protectorado francés en Anam no vuelven á apoderarse del mando que por órdenes superiores han entregado á los mandarines, los católicos serán cada vez más perseguidos, y es de temer que, antes de mucho, se verán grandemente comprometidos los intereses de Francia en la Indochina.

COCHINCHINA ORIENTAL

La Misión de los salvajes.—Distritos de Kon-Hongo y Potei-Maria

El celoso misionero Rdo. P. Guerlach, que nos trasmite la siguiente carta dirigida al Ilmo. Van Camelbeke, vicario apostólico, es uno de los más antiguos apóstoles dedicados á la evangelización de los bahnars y sedangs. En años anteriores publicó curiosos estudios acerca estos salvajes montañeses del Anam, y ahora los recomienda á la caridad de las personas piadosas.

Más graves aún que los años anteriores son las tribulaciones de todo género que nos han afligido en el presente. Primero una terrible epidemia diezmó á cerdos, bueyes y búfalos, y sus cadáveres putrefactos yacían en el suelo á centenares; precipitaron sobre ellos bandadas de buitres, que nos prestaron realmente un buen servicio librándonos de esas materias en descomposición. Secundados por los cuervos en tan lúgubre tarea, todas las aves de rapiña no lograron devorar los cadáveres á medida que la epizootia los tendía en el campo ó en el interior de las poblaciones. Pestilentes miasmas infestaban la atmósfera en extensísimo radio. Así es que el dengue encontró el terreno bien preparado al aparecer en nuestras montañas por Agosto de 1890.

Todos los misioneros europeos enfermaron con mayor ó menor intensidad, siendo yo el único á quien respetó el azote. A éste sucedieron la disenteria, la viruela, el cólera y otra forma de dengue. Dificilmente pudimos subvenir á tantas necesidades; y mi farmacia quedó completamente exhausta. Mi cristiandad de Kon-kotu, de todas la más ferviente, ha sido gracias al Señor la menos castigada.

Este año han fallecido el P. Meriel y un sacerdote anamita, y como el movimiento de conversiones es mayor cada día, esperamos que vendrán nuevos misioneros deseosos de trabajar en la viña del Señor.

El estado de los diferentes distritos es como sigue:

Los paganos de Dak-kodum, que nunca hicieron caso de las exhortaciones de los misioneros, se muestran ahora más dóciles, y en breve el P. Irigoyen tendrá que establecer dos catequistas cristianos en Kon-horring, populosa villa sedang cuyo jefe ha dado palabra de convertirse. No ha mucho tuve una entrevista con el futuro catecúmeno, y antes de despedirme le ofrecí un brazalete de cobre, lo que entre nuestros salvajes se interpreta como aceptación del contrato y es prenda de formal compromiso. No cabe duda que á la conversión de este jefe seguirá la de gran parte de la población.

Yendo desde el anterior distrito al de Kon-tum, encuéntrase el de Kon-Hongo, que ha defraudado en parte las esperanzas que en él se habían fundado. Los jóvenes dieron pruebas de buena voluntad, pero los hombres de edad madura opusieron una inercia contra la que se estrellaron todos los esfuerzos del celo apostólico. Más de una vez el P. Poyet, su misionero, se ha lamentado de este estado de cosas; mas yo he procurado consolarle diciéndole: «¡Valor y perseverancia! Ruegue y sufra V. por su distrito, prodigando sus desvelos á los jovencitos: *Spes messis in semine*, que es la cosecha prometida para más tarde. Hoy planta V. el banano, cuyos frutos se cosecharán en la segunda generación.» Comprendió la idea el buen Padre; trabajó con ardimiento, y paso á paso fué ganando terreno, contando ya este año dieciséis bautismos de adultos.

En 1890 mi distrito abrazaba cinco parroquias, á las que puedo añadir ahora otras cuatro.

Desde mucho tiempo proyectaba la reducción de Kon-xomluh: á una excitación mía, accedieron los habitantes á tratar el asunto luego de transcurridos cinco días. Acudieron, en efecto, y el catequista de Kon-dorey, que tanteó primero el terreno, vino á decirme:

—¡Alerta, Padre! Muéstranse algo reacios; mas páreceme que si les predica V., acabarán por convertirse.

—Está bien, repliqué; reza entre tanto el Rosario á Nuestra Señora.

Dirigiéndome entonces á los salvajes, les mostré las estampas adquiridas en Hong-Kong, é hice explicaciones acerca la muerte del justo y la del pecador, el cielo, el infierno y el juicio final. Durante este sermón sobre las postrimerías contesté á las objeciones de los oyentes, y viéndolos conmovidos, dije al jefe de Kon-xomluh:

—Deja que te ponga en la muñeca este brazalete de cobre, y fijemos el día en que vendré á instalar el catequista en tu pueblo.

—Sea; pero haz lo mismo con el jefe de Kon-toneh; pues hemos convenido que si nosotros abrazamos la Religión, ellos la seguirán también.

—Con mucho gusto, y puse igualmente el brazalete en la muñeca de Nong, jefe de Kon-toneh.

Todos los niños están ya bautizados, y dos jóvenes bahmars enseñan las oraciones á los adultos, que muestran excelentes disposiciones.

No confiaba entonces convertir el pueblo de Kon-klong, cuyos habitantes se dedican al comercio de esclavos, pero Nuestra Señora de Lourdes me allanó el camino, sirviéndose al efecto de un joven anamita llamado Vieng, á quien rescaté de la esclavitud en 1886. Los malos tratos que sufrió durante seis años entre los sedangs maduraron su carácter, y cuando le hube instruido en las verdades eternas le bauticé, y ahora me sirve mucho para el gobierno de la casa.

CHINA

Fruto de las Misiones Franciscanas

El Ilmo. Fr. Gregorio Grassi, franciscano, obispo titular de Ortosia, escribe dando cuenta de los trabajos de su Misión:

TAMBIÉN este año, por la misericordia de Dios, tenemos motivos de consuelo por la buena cosecha de conversiones del gentilismo á nuestra Santa Religión, después de haber sembrado en varios puntos de la provincia, con mucho sudor y fatiga, la semilla de la divina palabra. Podría enumerar los lugares en que se obraron estas conversiones; mas, para no ser prolijo, referiré únicamente las alcanzadas en un solo distrito. Se encuentra éste en los alrededores de la ciudad llamada Vu-siam, situada al Sudoeste de esta capital, de la que dista unas treinta leguas; allí no había antes más que unas pocas familias cristianas esparcidas por varios lugares.

A este distrito fué enviado un catequista para predicar, el cual, al emprender su camino se encontró casualmente con un docto letrado, que le preguntó quién era, de dónde venía, y con qué fin se había dirigido á aquellas tierras. El catequista después de haberle dicho de dónde era, comenzó á hablarle de la Religión cristiana, probándole con muchas razones que era la única verdadera, y que por consiguiente todas las otras, sin exceptuar la de Confucio y de Buda, eran falsas. No sabiendo el letrado qué responder, comenzó á tener dudas acerca de la falsedad de la suya y de la verdad de nuestra Religión. Antes de separarse, le ofreció el catequista un libro de controversia, rogándole que lo leyese y meditase bien, porque en él encontraría respuesta á todas las objeciones.

El letrado, que amaba la verdad, y no era soberbio como muchos de los de su clase, leyó con detención el libro, y se hizo cargo de las razones en él contenidas, quedando en virtud de ellas persuadido de la falsedad de su secta y de la verdad de nuestra Religión. Por lo que volvió en busca del catequista, pidiéndole que le instruyese sobre lo que debía hacer para abrazarla. El catequista le dió las instrucciones más principales, á saber: que debía arrojar de su casa los ídolos y todo lo que oliese á superstición; no concurrir más á las funciones de las pagodas; que de allí en adelante había de adorar y rogar á Dios, observar sus mandamientos y también los de la Iglesia, etc. Cuando volvió á casa cumplió puntualmente todo lo que se le encargó. Pero su conversión le costó cara; porque conocido el cambio que se había obrado en él respecto á religión, le rodearon los de su misma clase, y con mil sofismas y cavilaciones procuraban apar-

tarle de su buena resolución, y viendo que se mantenía en su propósito se mofaban de él, porque había abrazado la religión de los *diablos occidentales*, odiada de todo el pueblo y también del Gobierno, que sólo la toleraba para evitar mayores males: después pusieron á prueba su constancia los convecinos, y por último, como otro Job, se vió insultado de su misma esposa. Pero él, interiormente iluminado y confortado con la divina gracia, permaneció firme y fiel á su vocación; y ¡cuánta fué su dicha en no hacerse sordo á la voz de Dios! pues á los pocos meses de su conversión cayó en una grave enfermedad, que le puso á las puertas de la muerte. Entonces mandó avisar al catequista, quien le preparó para el bautismo, que recibió con santo gozo, entregando á los pocos días apaciblemente su alma en manos del Criador.

Antes, empero, de morir llamó á su mujer y tres hijos, y después de exhortarlos á hacerse cristianos, ordenó que en su entierro se guardasen las ceremonias de la Iglesia, sin mezclar en ellas superstición alguna. Queriendo ellos por su parte cumplir fielmente la última voluntad del difunto, determinaron, de acuerdo con el catequista, hacer el entierro con alguna solemnidad, conforme á la riqueza y dignidad del finado, y también para que sus parientes gentiles no se quejaron y tuvieran qué decir, si le vieran llevar á la sepultura casi sin ceremonia: por esta razón, hicieron venir de la cristiandad á un buen número de fieles con la música cristiana. Mientras esto se preparaba, se esparció el rumor de que tendría lugar un entierro cristiano y acudieron muchísimos gentiles á presenciarlo, los cuales oyendo el patético canto del Oficio de Difuntos, mezclado con el lúgubre sonido de la música, se quedaban todos como extáticos, y contemplando el buen orden que en todo reinaba y los graves é imponentes ritos, no cesaban de alabar tal modo de enterrar los muertos, teniendo todos por cierta la feliz suerte de aquel neófito. Acabado el entierro, muchos gentiles manifestaron deseos de conocer la verdad del Evangelio, y de ellos unos doscientos prometieron además abrazar nuestra Santa Religión.

Desde entonces se enviaron varios catequistas á evangelizar á aquellos gentiles y á instruir á los catecúmenos, y de este modo se han logrado como unas doscientas conversiones. Pero rabioso el demonio al ver escaparse de sus garras tantas almas, suscitó contra ellas más de una vez graves persecuciones, valiéndose para el intento de las prácticas supersticiosas en que los recién convertidos no querían tomar parte, y en dos distintas ocasiones fué menester, para restablecer la tranquilidad, acudir á los tribunales; porque los gentiles molestaban á los cristianos de varias maneras, ora

no dejándoles sacar agua del pozo común, ora robándoles los frutos de los campos, y maltratándolos de obra algunas veces. En suma, más de un año hubieron de pasar aquellos catecúmenos por el fuego de la persecución, permitiéndolo así el Señor para probarlos, y arraigarlos más en la fe. Es cierto que algunos, sucumbiendo á tan duras pruebas, volvían al vómito de su secta, renegando de la verdad conocida; pero en su lugar se levantaban otros más fuertes y constantes, y por eso el número de los catecúmenos iba siempre en aumento.

Habiendo en este tiempo instruido bien los catequistas á aquellos catecúmenos en la oración y en el catecismo, y teniéndoles dispuestos para recibir el santo bautismo, se encaminó allá en la primavera el Padre misionero que, después de haberlos examinado y enseñado por sí mismo, lo administró á ochenta adultos, sin contar los niños y ancianos decrepitos que habían sido bautizados antes, ni más de

cien catecúmenos que habiéndose convertido poco tiempo hacía, no estaban suficientemente instruidos. Estos neófitos se hallan diseminados en varios lugares circunvecinos, y son como otros tantos granos de mostaza, que van siempre creciendo para formar poco á poco pequeñas cristiandades en todos los pueblos.

Lo mismo, á corta diferencia, sucede en los demás distritos, principalmente en el del Sudoeste, donde todos los años reciben el bautismo muchos centenares de adultos, y se forman nuevas cristiandades. Y he aquí el motivo por el cual nos es preciso adquirir con fre-



S. Ema. el cardenal LEDOCHOWSKI, prefecto de la Propaganda
(Pág. 2)

cuencia locales y construir capillas; porque de otro modo no sería fácil reunir á los neófitos y catecúmenos, ni acostumbrarlos á orar en común, ni administrarles los Santos Sacramentos.

Por esta breve reseña podrá V. S. comprender fácilmente que, aumentando la mies de día en día, es necesario que se aumente proporcionalmente el número de los operarios, y que un solo vicario apostólico apenas puede visitar todas las localidades, en especial las que pertenecen á los distritos más distantes. Por este motivo se tomó la determinación de dividir este vicariato, que abraza ahora toda la provincia, y habiendo propuesto este nuestro proyecto á la Sagrada Congregación de la Propaganda, lo aprobó inmediatamente, señalando para los Menores Observantes Recoletos de Holanda, la parte Meridional. Con este fin llegaron aquí cuatro de estos Religiosos misioneros, dos ya ancianos, que estaban antes en el Hu-pe; y los otros dos jóvenes, que venían directamente de Holanda. Todos fueron enviados en seguida á la sobredicha parte del Sur, donde comenzaron á ejercer desde luego su apostólico ministerio.

Le participo también que tenemos en el Norte dos distritos, en los cuales habrá cerca de dos mil cristianos, algunos de ellos neófitos, los cuales se encuentran en la más extremada necesidad de alimentos, y es menester socorrerlos para que no perezcan de hambre.

Por este motivo encomiendo á la caridad de los bienhechores estos desgraciados, rogando con el más alto aprecio y profundo respeto á ese Consejo Central que tenga en cuenta las necesidades de esta Misión.

TOKÍO (Japón Septentrional)

Terremoto en Nagoya

Terribles y frecuentes son los terremotos en los archipiélagos oceánicos y continentes vecinos; nunca, empero, habían presentado esas conmociones un carácter tan terrorífico como la que en Noviembre de 1891 cubrió de ruinas vastas provincias del Japón, según puede verse por la siguiente carta del Rdo. Tulpín, de las Misiones extranjeras de París, testigo ocular del desastre.

Nagoya, 8 de Noviembre de 1891.

Un terremoto de violencia inaudita acaba de sembrar la consternación en el distrito de Nagoya. Mis dos provincias de Owari y Mino están completamente arruinadas. No teniendo tiempo para entrar en detalles, me limito á enviaros mi diario con el relato de lo ocurrido en esos aciagos días:

25 de Octubre.—Primer movimiento, de regular violencia, localizado en las dos provincias expresadas, y sin consecuencias.

26 y 27 de Octubre.—En apariencia todo está tranquilo; el cielo, no obstante, presenta un tinte sombrío; el ambiente está pesado, y se siente un no sé qué abrumador. Los animales, intranquilos, rehusan el alimento.

28 de Octubre.—Celebro Misa á las seis, y á las seis y treinta y nueve minutos súbitamente la tierra empezó á temblar con violencia. La imagen principal de la capilla cae y se hace trizas: el altar, con todos los obje-

tos que contenía, quedan hechos pedazos. Puertas y ventanas se desencajan con estrépito, y el edificio se levanta cual débil arista, y amenaza hundirse. El Padre Bolet, que estaba en el altar, no pudiendo asirse en algo firme para no caer, huye al huerto. La violencia de los choques aumenta á cada instante, acompañados de ruidos subterráneos aterradores. Hácese imposible permanecer en pie, y por tres veces somos violentamente derribados. La casa de los misioneros se desliza sobre sus cimientos y amenaza ruina. Todo esto ha durado minuto y medio; pero ¡gran Dios! ¡qué tiempo tan largo! En el mismo momento la ciudad entera se cubre de densa nube de polvo: son las casas que se derrumban. Los habitantes huyen dando alaridos por las calles, poseídos de terror pánico. A las siete continúa el temblor, no cesando los espantosos ruidos subterráneos. Todo el movimiento es vertical. Algunos, sin embargo, parecen tener la dirección Nor-Noroeste. Todo induce á creer que estamos en el foco mismo del temblor.

El suelo se abre en mil sitios, vomitando torrentes de cieno, agua y arena. En Gifu los pozos, transformados en simas hirvientes, lanzan torrentes de lodo líquido que todo lo inundan. Otros quedan instantáneamente secos. Fórmase á trechos grietas profundas, y la tierra parece hundirse. Se diría que el país entero va á desaparecer.

Casi al comenzar la primera sacudida suena por todas partes el toque de arrebato, á causa del incendio que se inicia en más de diez barrios á la vez. A lo lejos, en el campo, las aldeas arden después de derrumbarse. Los presos escapan de las cárceles. Unos cuarenta quedan allí aplastados, y otros tantos mal heridos. Los restantes, en número de más de dos mil, se diseminan por la ciudad y amenazan entrarla á saco.

Felizmente las tropas salen armadas de sus cuarteles y recorren las calles. Un piquete de soldados se sitúa en la casa de la Misión para protegerla.

A las ocho salimos para prestar auxilio en donde fuese necesario. ¡Qué desastre! Por todas partes heridos, moribundos y cadáveres que se retiran de entre los escombros, y casas en ruinas. La gran puerta no es más que un conjunto de escombros humeantes. Todas las construcciones de ladrillo han venido al suelo. La prueba no puede ser más concluyente para esta clase de edificios. Además de que caen más pronto que los otros, son más peligrosos. Una fábrica, la de más importancia de Nagoya, ha sepultado en sus escombros á unas setenta y seis personas. Horroriza el espectáculo. Los moribundos piden por favor que se les acabe de matar, tan intolerables son sus padecimientos. Y la tierra tiembla aún, y continúan las detonaciones formidables. Sólo, á cosa de las nueve, toman otra entonación. Antes semejaba el estampido del trueno, ahora alternan, y remeda el ruido de la artillería rodando sobre el empedrado, y el que produce un vivísimo tiroteo. Parece llegado el día del juicio. Los pequeñuelos, pálidos de terror, se cubren el rostro con las manos, y se arrojan en el regazo maternal. Sollozan sin gritar. Espectáculo tan triste parte el corazón.

En la Misión americana hay cuatro muertos y gran número de heridos. Un ministro protestante, el Sr. Van Dicke, roto el cráneo, está agonizando. Su esposa tiene

la cabeza y las manos ensangrentadas. Otra señora americana, loca de terror, corre por las calles en paños menores. Este día las diferentes sectas protestantes inauguraban, bajo los auspicios de un japonés muy travieso, una especie de Sociedad de oración. Apenas este japonés, director de la Sociedad, hubo pronunciado algunas palabras, cuando cayó muerto, y lo mismo su esposa.

De medio día á la noche nada ha cambiado. El incendio se propaga á lo lejos, y al ponerse el sol ilumina con sus fulgores las dos desgraciadas provincias.

La noche del 28 al 29 es terrorífica, pues se suceden sin interrupción fuertes y prolongadas sacudidas. A cada momento llegan de diversos distritos noticias sobremana alarmantes, que redoblan el pánico y la desesperación. Aquí y allá casas ya cuarteadas vienen al suelo.

Del 29 de Octubre al 8 de Noviembre.—Los diez días que acaban de transcurrir nos han parecido siglos, pues la situación es la misma. ¿Cuándo acabará esto? Se teme de un momento á otro una erupción ó un hundimiento del terreno. Según las noticias que nos llegan, Sendai, Tokio, Shidzuka, Kofu, Niigata, Matsumoto, Kanazowa, Kiyoss, Osaba, Kobe y aun Nagasaki han experimentado las primeras sacudidas, pero más débiles. Nosotros nos encontramos, pues, en el centro del desastre.

2 de Noviembre.—El P. Drouart de Lezey, llegado esta mañana para consolarnos, y el P. Bolet y yo salimos á recorrer treinta leguas para socorrer y asistir á nuestros cristianos. En todas partes encontramos ciudades y aldeas arruinadas. Nada ha resistido. El hedor de los cadáveres quemados y corruptos es á veces tan fuerte que tenemos que alejarnos. De grandes centros, como Ogaki, Kasamats, Itchinomia y otros lugares, nada queda. La tierra continúa temblando. Desde ayer las detonaciones son más violentas y repetidas.

8 de Noviembre.—El desastre es inaudito y la ruína completa: veinte mil muertos, cincuenta mil heridos, ciento cincuenta mil casas destruídas, y veinte mil más que será preciso derribar. Nuestra residencia ha sufrido muchísimo, especialmente nuestro hospicio de ancianos, que nos cuesta tantos trabajos y desvelos.

16 de Noviembre.—Los terremotos siguen. Las ruínas se acumulan. ¡Cristianos de Europa, hermanos nuestros, socorrednos!

La Misión de Tokio, según los datos que acaba de transmitirnos su arzobispo, el Ilmo. Ossouf, comprende las provincias centrales de la grande isla de Nippón, desde las provincias de Owari, Mino y Echizen inclusive, hasta las de Echigo, Iwashiro é Iwaski exclusive.

La población infiel es de 14.045,000 almas, y la católica de 9,002 almas.

Componen el personal que allí se dedica al apostolado: el Arzobispo, 25 misioneros europeos, 2 minoritas, 30 catequistas indígenas, 14 Marianitas, sacerdotes dos de ellos, y los restantes seglares, 23 Religiosas del Santo Niño Jesús, de ellas diecinueve europeas, y cuatro indígenas, 8 novicias ó aspirantes indígenas y 11 Hermanas de San Pablo de Chartres.

Cuéntanse 54 cristiandades, 40 iglesias ó capillas, 1 seminario con 2 estudiantes de teología y 4 en la es-

cuela preparatoria. Además, 4 jóvenes pertenecientes á la Misión de Tokio estudian en el Seminario de Nagasaki. Los Marianitas dirigen un Colegio con 102 alumnos, pensionistas la mitad, y la otra mitad externos. También hay 3 Colegios para niñas, con 79 internas y 45 externas, y 18 escuelas, tres para niños, cuatro para niñas, y once mixtas con un total de 409 de los primeros y 746 de las segundas; 4 asilos para infantes huérfanos, con 974 niños; 7 obradores, á los que concurren 77 aprendices, y 3 farmacias.

Desde 15 de Agosto de 1891 á igual día de 1892, se han contado 1,263 bautismos de adultos, 504 bautismos de hijos de paganos, y 193 de hijos de cristianos; 3,123 confesiones, y 2,382 comuniones pascuales.

ABISINIA (Africa Oriental)

El hambre.—Movimiento de conversiones

El Rdo. P. Picard, sacerdote de la Misión, escribe desde Acrur, el 22 de Julio de 1892:

A GRADEZCO con toda el alma á los bienhechores de Europa los donativos con que favorecen á la desolada Abisinia. ¡Bendito sea Dios, que les ha inspirado librar de una muerte segura á tantos infelices! El Señor ha escogido la Obra de la Propagación de la Fe para darles á conocer á las almas caritativas, que se consideran dichosas en responder á la voz de los misioneros, diseminados en las cinco partes del mundo para aliviar todas las miserias.

La Etiopía, sobre la que han pesado estos años azotes durísimos, no se ve aún libre de ellos. Aquí una viuda con seis hijos, merced á una limosna recobra sus fuerzas para dedicarse al trabajo. Allá débiles ancianos, con oportunos auxilios prolongan su vida para instruírse y prepararse á bien morir. Donde quiera renace la esperanza. Al recibir esas limosnas, unos ven la mano de Dios que quiere salvarles, puesto que acude á socorrerles mientras otros se preguntan: ¿Quién se cuida de nosotros? ¿Quién nos ama? ¿Quién nos ha librado de la muerte? ¡Ah! la caridad de nuestros hermanos de Europa. Seamos, pues, agradecidos, y oremos por nuestros bienhechores. Abracemos la Religión que tanto bien nos hace, así corporal como espiritualmente."

La caridad los conquista para la Iglesia y para Dios. Nuestra obra, empero, no ha terminado. La miseria subsiste todavía. La langosta devasta el país. Las calenturas y las enfermedades hacen continuas víctimas; el número de los huérfanos va en aumento, y los pobres lo esperan todo de la Providencia.

En Etiopía no hay rey que meta á los jefes en cintura. Estos abusan de su poder y saquean á su sabor. Así es que á los indígenas, despojados de todo, no les queda otro recurso que expatriarse, y si la caridad cristiana no acude prontamente en su auxilio, mueren de hambre ó son presa de las fieras. Muchos se venden á los mahometanos para poder vivir, perdiendo á la vez la libertad y el alma. Otros perecen devorados por los leones y leopardos que infestan el país. En nuestras comarcas las serpientes son numerosas y terribles. Hechos admirables, que hemos presenciado nosotros mismos,

patentizan que contra sus mordeduras es un gran preservativo la medalla de San Benito. En Amara millares de ratones han destruido todos los frutos; y en la provincia de Akabguzaí de cinco años acá la langosta devora asimismo parte de las cosechas. Gran número de personas ricas han quedado sumidas en la miseria, y muchos, para no perecer de hambre, venden sus animales domésticos y de labor, sus tierras y todo cuanto poseen.

Estos días he visitado seis pueblos, tres de los cuales son ya católicos. Los otros tres me han recibido muy bien; los he instruido en la verdadera Religión, y me han dicho:

—Venid á socorrernos. Todos queremos ser católicos y salvarnos. Venid, instruídnos; ayudadnos á construir una iglesia. Prepararemos las piedras, la madera, el cemento y todo lo indispensable para edificar: costead los ladrillos, y en el mes de Septiembre, recogida la cosecha, levantaremos nuestra iglesia.

truir á los pueblos y de esta suerte trabajar por la gloria de Dios y la salvación de las almas. En cada iglesia se rogará todos los días por los bienhechores que contribuyan con sus limosnas á la conversión y perseverancia de esos nuevos católicos.

El día 15 hemos plantado en los dos puntos más altos de Acrur dos cruces de madera, y todo el mundo saluda y honra el glorioso instrumento de nuestra salvación.

TANGANIKA (Africa Ecuatorial)

Rescate de esclavos

La siguiente carta del P. Dromaux patentiza el éxito que corona los esfuerzos de los Padres Blancos en la Misión del Tanganika, y presenta un cuadro desgarrador de la repugnante llaga del África, la esclavitud. ¡Ah! si contasen los misioneros con los suficientes recursos para rescatar mayor número de desdichados hermanos nuestros, ¡cuántos servicios prestarían á la causa del progreso y de la civilización!



JAPÓN.—Una calle de la ciudad de Kiyoss, después del terremoto de 28 de Octubre de 1891. (Pág. 7)

A esto les he contestado:

—Voy á hacer un llamamiento á la caridad de los lectores de *Las Misiones Católicas*.

Hay que construir seis iglesias, que costarán seiscientas pesetas cada una.

Si esto se consigue, será una predicación provechosa para el Akabguzaí, que cuenta ciento quince pueblos, quince de los cuales son ya católicos. El jefe principal, Deziache Baata Agos, ha construído recientemente en Sagamaiti una hermosa iglesia dedicada á San Miguel Arcángel, que fué bendecida el 30 de Junio de 1892 ante gran concurso de pueblo y de los jefes de toda la provincia.

Oremos para que estos jefes vuelvan al seno de la verdadera Iglesia. Gozan de completa libertad, pero el cisma está todavía muy arraigado por los prejuicios del error, por la ignorancia, y más que todo por las pasiones. Nada más conveniente que levantar iglesias, ins-

Nuestra Señora de Karema.

AL tener noticia no ha muchos días de que había pasado el lago una caravana, decidí marchar á Kilando que dista dos jornadas, para redimir á cuantos esclavos me fuese posible. En dos viajes he traído ciento diez de estos infelices, especialmente jóvenes, extenuados por las privaciones.

Mientras me hallaba en Kilando llegó también Makutubu, jefe de la expedición que había asolado los países limítrofes á los del valiente capitán Joubert, entre los lagos Tanganita y Moero. Nos cruzamos por la ribera, y no fué poca mi sorpresa cuando, en vez de un Ruga-Ruga de aspecto terrible, me encontré con un anciano pequeño, quien para saludarme se quitó con ambas manos su chechia, y bajó humildemente los ojos. El día siguiente al visitarle en su alojamiento no se atrevió á presentarse, y me mandó decir que estaba ausente: entonces supe que era á su vez un esclavo miedoso, ori-

ginario del país que ha devastado. Hiciéronle saber que no era yo capitán ni alemán, sino un humilde *padiri*, y pude verle el día siguiente, en que le rescaté veinte niños.

Las dificultades no pequeñas que ofrecía el traer á Karema á tantos muchachos, vino á aumentarlas la diarrea que casi todos padecían. Convenía sobremanera regularles la comida, mas esto era imposible, pues robaban y comían crudo cuanto hallaban al alcance de su mano. Durante el día les di en abundancia alimentos bien cocidos; sin embargo, repetidas veces por la noche desaparecieron cestos de patatas y de maíz: los infelices hambrientos lo habían todo devorado, y me vi obligado á ocultar las provisiones lejos y entre la maleza.

que en un solo día atravesaron con la lanza á cincuenta que no podían seguirles. Uno de ellos decía en mi presencia á uno de sus compañeros:

—¿Cuántos crees que ha despachado Makutubu en Mapangu durante el viaje?

—Dos mil, contestó el otro.

—¡Oh, sí! y tal vez más.

Esta cifra es sin duda exagerada; no obstante, muchísimos fueron por desgracia los negros tan bárbaramente sacrificados.

Makutubu, aunque jefe, no era el dueño de todos los esclavos arrebatados en esta expedición: había más de un millar de ellos en Kilando; y vi partir para el Unyanyembé unos setecientos que no eran suyos: otro mi-



TÚNEZ.—Puerta de Francia. (Pág. 20)

Una noche oí que un muchacho decía á otro:

—¿Sabes á dónde vamos? ¿Dónde estará Karema?... Ahora por lo menos se nos da de comer, cuando Makutubu nos hacía acostar todos los días con hambre. Las jóvenes, es cierto, lo pasaban menos mal, pues ayudaban á moler, y recogían el salvado; pero nosotros nada teníamos, y aun lo poco que podíamos coger nos lo arrebatában los mayores.

Tantos eran los esclavos de Makutubu, que éste, no pudiendo cuidarse de ellos por sí mismo, los confiaba á otros más antiguos, que, no teniendo el estímulo del propio interés, no se inquietaban gran cosa por su pérdida. Muchísimos debieron morir en Kilando, aunque no puedo precisar su número, pues las hienas devoraban los cadáveres. Por los mismos raptos he sabido

llar poco más ó menos estarían diseminados por los alrededores, entre los unfipa, los wawendé, etc. Mas antes que la expedición se pusiese en marcha, ya en su propio país, Marungo, sucumbieron muchos esclavos; primero en las guerras, aunque en corto número, pues árabes y negros son aquí harto cobardes para que resulten sangrientos los combates; y luego en la matanza que se lleva á cabo á fin de atemorizar y tener sujetos á los que sobreviven. Antes de abandonar el primer campamento, junto á los pueblos saqueados, arrojaron al río á cuantos previeron que no podrían seguir la marcha ó consideraron de escaso valor, como ancianos, mujeres en cinta, niños y enfermos.

Al verme comprar negritos de muy pocos años, uno de aquellos bandidos decía á sus compañeros:

—¡Oh! A saber que eso tenía algún valor, no hubiéramos arrojado tantos al río.

Otro, después de entregarme un niño de tres años, se consolaba de no sacar de él subido precio porque no le costaba nada, pues lo halló abandonado. Había hecho, pues, una buena acción salvando aquel niño; mas no se felicitaba de su compasión, sino del beneficio que le proporcionaba.

Antes de cerrar el trato con los negreros, quise hacer valer las consideraciones de que de cada cuatro esclavos perdía por lo menos uno; de que tendría que cuidarles durante mucho tiempo; de que eran hombres como ellos que morían miserablemente en su poder, etc.; pero aquellos monstruos, no dando oídos más que á la voz de su codicia, contestaban que en el Unyamyembé y en la costa les daban un precio mucho más elevado que el que podía ofrecérseles en Tanganika, de suerte que aunque pereciesen la mitad les resultaría más ventajoso, y que, por lo tanto, preferían transportarlos hambrientos, con peligro de verlos morir, antes que cederlos al precio aquí acostumbrado.

Makutubu partirá con sus esclavos, la mayor parte encadenados aún, á primeros de Marzo: quiere conducirlos al Unyamyembé, á la costa y á Zanzibar, donde se encuentra su propio amo: los pobrecitos, pues, padecerán aún trabajos sin cuento.

De los ciento diez que hemos rescatado, han fallecido veinte; tres de ellos reconocieron aquí á su madre, y exhalaban en sus brazos el postrer suspiro. ¡Cuántos ¡ay! sucumbirán en el camino que falta recorrer! Con objeto de evitar que los feroces negreros den muerte á los enfermos, y excitarlos á que me los vendan, les hice presente el castigo que no dejarían de imponerles los alemanes; pero contestaron que les darían muerte ocultamente en la espesura, y que al acercarse á los puntos ocupados por tropas alemanas pasarían la noche en el bosque.

Para impedir este vergonzoso tráfico no es suficiente vigilar las costas, sino que debe atacarse el mal en su raíz.

En Europa se hace excesivo honor á los musulmanes creyéndoles temibles, cuando los europeos no los secundan. Merced á las victorias de los alemanes, que se han hecho dueños de la costa y de los caminos, dos ó tres valientes del temple de Joubert, con sus correspondientes barcas y hombres provistos de municiones, detendrían una caza entera á orillas del lago. El valor de los musulmanes de aquí no puede compararse con el de los del Sudán ó Argel: los excesos les han enervado y como embrutecido.

Además de los ciento diez niños que trajimos de Kilando, hemos rescatado en Karema más de cincuenta en esta misma expedición. En 1890 habíamos redimido trescientos cincuenta y uno.

TERRITORIO INDIO (Estados Unidos)

Trabajos de los misioneros.—Obras nuevas.—El noviciado.—Escuela para los negros.

La siguiente carta del Rdo. P. Tomás Duperrón, benedictino, llamará la atención de nuestros lectores sobre un vicariato apostólico fundado en la parte más central y la menos accesible de los Estados Unidos, haciéndoles bendecir al Padre de las misericordias, porque á pesar de todas las dificultades, los veintitrés misioneros benedictinos que allí predicán la divina palabra, han levantado diecisiete iglesias ó capillas, y convertido á la verdadera fe cerca de tres mil quinientos indios.

DISPERSOS en todo el Territorio tenemos ochenta mil indios, pertenecientes á veintinueve tribus distintas, y que originariamente se encontraban en puntos muy diversos en esta vastísima comarca de los Estados Unidos. Mas la política del Gobierno americano los ha arrojado incesantemente fuera de los límites de la civilización, en vez de atraerlos para que participasen de sus beneficios.

Cuando hace dieciséis años llegaron los Benedictinos, ni un solo sacerdote residía en el Territorio, en el que no había escuelas, ni conventos, ni siquiera una capilla.

Los misioneros de este país pueden aplicarse á la letra las palabras de San Pablo: «En viajes hemos estado expuestos muchas veces en mil peligros, en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los paganos, peligros en despoblado, peligros de falsos hermanos; en toda suerte de trabajos y miserias, en muchas vigilijs y desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y desnudez.»

Los indios en vez de vivir formando agrupaciones, están aislados; raras veces dos ó tres familias se fijan en el mismo punto. De aquí dificultades inauditas y casi insuperables para acercarse á esos hijos de las selvas, diseminados en las vastas praderas y en el interior de los bosques.

Los peligros que nos amenazan en estas excursiones apostólicas, raras veces proceden de los mismos indios. Hay que temer, sí, á las fieras que infestan el país, los impetuosos ríos cuyas movedizas arenas cansan tantas víctimas al vadearlos; los huracanes (*blizzards*) peculiares de esta comarca, cuyo poder destructor es harto conocido; los bandidos, que buscan en el Territorio un refugio contra las leyes de los Estados Unidos, y que siembran el terror en torno suyo. A veces nuestros propios caballos son reacios é indómitos, y rompemos los carros lejos de todo lugar donde pudiéramos repararlos. Ocurre también que los torrentes y los ríos, engrosados por copiosas lluvias, nos detienen con tanta frecuencia en sus orillas, que se agotan nuestras provisiones; llegando á veces hasta el extremo de no hallar la verdadera ruta. Durante algunos años nos hemos visto obligados á recorrer una distancia de treinta millas para recibir nuestra correspondencia.

Nuestras obras son ya numerosas en el Territorio, que alcanza una extensión de más de cinco mil leguas cuadradas. La Misión del Sagrado Corazón es la casa-

matriz de todas las demás. Desde este punto central han partido todos los heraldos de la buena nueva que hasta hoy han realizado algún bien entre las veintinueve tribus del Territorio.

Componen esta Misión un monasterio de Benedictinos, con una escuela para los niños; un convento de Hermanas de la Merced, con una escuela para las niñas; un convento de Hermanas Benedictinas; una granja modelo y gran número de talleres. Grande es el asombro de los viajeros y de los agentes del Gobierno cuando en tan profunda soledad ven surgidos como por encanto los numerosos edificios de la Misión, sus huertas, sus campos, sus granjas, y advierten el sello de actividad y bienestar que por todas partes reina.

Ahora estamos construyendo una iglesia que dará á nuestra Misión el aspecto pintoresco de una aldea encerrada entre las colinas y los bosques del Nuevo Mundo.

No tenemos en la actualidad más que cinco novicios. Viviendo como sepultados en el fondo de una soledad salvaje y punto menos que inaccesible, vano era esperar que reuniésemos jóvenes para el noviciado. Mas este estado de cosas cambiará en breve: somos ahora mejor conocidos, y las vías de comunicación con el resto del Territorio se multiplican cada vez más.

Una escuela apostólica fundada recientemente merecerá sin duda las simpatías de todos aquellos que sienten predilección por los jóvenes y que se interesan por la salvación de las almas. ¿No es sorprendente ver que los niños se ofrecen gustosos á secundarnos en la obra de la conversión de los indios?

Contamos con once alumnos, todos piadosos é inteligentes, hijos de familias pobres y honradas. Dos de ellos son indios: un chotaw, digno representante de aquella raza que tanto llamó la atención de Chateaubriand, y un pottowalomia, que en la sencillez de su robusta naturaleza muestra todos los rasgos de los Pielas Rojas. ¡Dígnese el Señor bendecir á estos queridos niños! Crecerán para convertirse en sacerdotes, misioneros, verdaderos apóstoles. Sin que ellos mismos lo sospechen, hacen ya amar al Divino Jesús, que les ha llamado tan jóvenes á su servicio: ¡cuál será, pues, el poder de su palabra y de sus desvelos después de algunos años de serios estudios y de oración!

A doce kilómetros de la Misión hay una colonia de negros, que viven aislados en el bosque, sin educación ni religión alguna. Para atender á la educación de sus niños hemos fundado allí una escuela, á cargo de uno de nuestros Hermanos, habiéndose ya obtenido consoladores frutos. El año último murió el jefe, y partió de este mundo adornado con la gracia bautismal.

Los niños muestran felices disposiciones, y notable aptitud para aprender las oraciones, el Catecismo y los cánticos religiosos.

Además de la Misión dicha del Sagrado Corazón, tenemos escuelas de Hermanas en Pawhuska y en Hominy, entre los osages; en Krabs, en Purcell, en Guthrie y en Oklahoma-city. En todas estas localidades

Hermanas de la Merced, Franciscanas y Benedictinas se dedican á la educación de la juventud. Diecisiete iglesias erigidas en diversos puntos del vicariato, muestran en la cruz que les sirve de remate, el consolador emblema de salvación.

El año último la prefectura apostólica del Territorio Indio fué elevada á vicariato, siendo nombrado primer vicario apostólico el Rdo. P. Teófilo Meerschaert, vicario general de Natchez, siendo consagrado en este mismo punto el 8 de Septiembre de 1891. Es belga de origen, é hizo sus estudios en Lovaina. Posee perfectamente el inglés y el francés, y habla también el flamenco y el alemán. Formamos sinceros votos para que pueda trabajar mucho tiempo y con fruto en este arduo campo del Padre de familias.

HONDURAS (América Central)

Probable fundación de un nuevo obispado, y de Misiones para convertir á los indios de Yucatán

Un celoso misionero escribe á la *Civiltà Cattolica* una breve relación de la Misión de Honduras Británica, á fin de que publicándola se conozca mejor el trabajo que llevan á cabo los misioneros de la Compañía de Jesús en aquella parte del globo casi ignorada, y la necesidad que hay de nueva ayuda para perfeccionar las obras ya emprendidas.

HONDURAS Británica, distrito de la República hispano-americana de Honduras, colocada entre Méjico y Guatemala, se extiende desde los 15° 53' lat. N. hasta los 18° 30', y desde los 87° 50' long. occidental hasta los 89° 20', comprendiendo una área de cerca de 6,000 millas cuadradas. Su clima, aunque cálido por estar en la zona tórrida, no es en extremo caluroso, y el termómetro oscila ordinariamente entre los 24° y 32° del termómetro Centígrado. Los terrenos pantanosos de la costa hacen que dominen las calenturas intermitentes, que aumentan principalmente en los meses de calor; pero la brisa ó viento de mar que sopla constantemente, purifica la atmósfera y libra á la colonia de las enfermedades epidémicas. Sus habitantes, que según el último censo no pasan de treinta y dos mil, se componen de cuatro razas principales: ingleses, españoles, caribes é indígenas; las dos primeras son naturales, con poquísimas excepciones, de la misma costa; los caribes provienen de una mezcla de los caribes puros ó antiguos habitantes de las islas Antillas con los negros venidos de Africa; los indios pertenecen al antiguo imperio Maya, que existía en el actual Yucatán.

El Gobierno de la colonia es inglés, y ésta forma parte de las islas y continente que se conocen con el nombre de Indias Occidentales. Mucho se dudó al principio de la legítima posesión de este territorio por los ingleses. Los que vinieron al principio, atraídos por la abundancia de la caoba y del palo campeche, obtuvieron licencia del Gobierno español, á quien pertenecía, de cortar madera, sin pretender por esto obtener el dominio del terreno; pero molestados en los trabajos por las continuas correrías que hacían entre ellos los habitantes vecinos, se vieron precisados á defender sus

derechos, y no obstante que á fines del siglo pasado un cuerpo de tropas regulares, de más de treinta mil hombres, mandados por un general español, los atacó, vencieron en batalla, abordaron los navios enemigos y destruyeron totalmente su ejército, sin que pudiera volverse á organizar; y desde entonces, bajo el título de conquista, se declararon dueños absolutos de la colonia. Su capital es Belice con ocho mil habitantes: el país está dividido en seis distritos con magistrado propio que administra justicia. El jefe de la colonia, que tiene el título de gobernador, es actualmente sir A. C. Moloney, el primer gobernador que profesa la Religión católica.

La Misión comenzó el año de 1852. Cerca de dos siglos el territorio estuvo habitado por especuladores escoceses y negros africanos que profesaban la religión protestante. En 1848 acaeció en Yucatán, Estado de Méjico, que confina con la colonia, una terrible insurrección de castas. Los indios de la tribu Maya, cansados de las vejaciones que les hacían sufrir los hispano-americanos, se levantaron contra los blancos, quemaron sus ciudades y sementeras, capturaron á los niños y á las mujeres, y se declararon independientes, constituyendo un gobierno teocrático, para vivir siempre con las costumbres sencillas de la tribu. Se hizo creer al pueblo ignorante que Dios había bajado del cielo á habitar con ellos, hablando desde una cruz colosal que veneraban

en la antigua iglesia católica. Esta cruz, consultada por ellos, antes de todas sus guerras y asesinatos, daba respuestas preparadas por los jefes de la tribu. Por este medio comenzaron y continúan aún perpetrando innumerables delitos execrables.

Para libertarse de tanto exterminio y estar siempre protegidos por un brazo fuerte, muchos de los blancos dieron la protección á la bandera inglesa; y en menos

de dos ó tres años se hicieron tan numerosos, que formaron la mayoría de la Colonia. Desgraciadamente no tenían ni sacerdotes ni iglesias, y era tal el abandono, que se veían obligados á hacer bautizar á sus hijos por ministros protestantes. Así permanecieron las cosas hasta el año de 1850, en que pasando dos jesuitas expulsados de la Nueva Granada, vieron el estado desolador de tantos católicos, y dieron aviso de ello al Vicario apostólico de Jamaica, el cual vino personalmente á enterarse de la verdadera situación de las cosas y se decidió á fundar la Misión de Honduras

Británica, enviando al P. Jorge Awaro, S. J., de la provincia de Turín, con el P. José Bertolio, S. J., de la misma provincia, para fundar la Misión. La noticia de la llegada de los Padres, que en menos de un año edificaron una iglesia y fundaron una escuela católica, atrajo á otros muchos católicos que huían del peligro inminente que había en Yucatán, y en pocos años los misioneros se vieron obligados á pedir nuevos brazos para



Túnex. — Galería del Suk de los Perfumes. (Pág. 21)

poder atender á las necesidades espirituales de quince ó veinte mil católicos esparcidos en un vasto territorio.

Por varios años se mantuvo la Misión en un estado incipiente: la falta de recursos pecuniarios para poder abrir nuevas Misiones, edificar iglesias, erigir escuelas tan necesarias en una Misión de semi-salvajes; la oposición de los ministros protestantes; la falta de un superior eclesiástico que la representase con dignidad, puesto que dependía del Vicario apostólico de Jamaica, que residía á mil millas de distancia y que no venía á la Colonia sino cada dos ó tres años, por pocas semanas, presentaban tales obstáculos, que parecía imposible el progreso de la Misión.

Pero el Señor, que miraba con buenos ojos esta Misión, que había costado tantos sacrificios al virtuoso

nos de ambos sexos; además, una escuela superior para adultos, dirigida por uno de los misioneros, y otra de párvulos con un colegio de internos bajo la dirección de las Hermanas de la Merced, venidas expresamente de los Estados Unidos.

Las escuelas parroquiales frecuentadas, como decíamos, por más de mil alumnos, son netamente católicas, pero sostenidas por el Gobierno, el cual deja su dirección en manos de la Autoridad eclesiástica. Todas las escuelas de la Colonia, que son ahora cuarenta y dos, tienen el nombre de escuelas civiles, con cuyo nombre se indican las escuelas de las diversas creencias religiosas que reciben subvención del Gobierno. Los ministros de las diversas comuniones religiosas presentan sus maestros, los que después de un ligero examen re-



TÚNEZ.—Suk de los Perfumes. (Pág. 21)

P. Awaro y á sus compañeros, poco á poco fué destruyendo todos los obstáculos y agrupando nuevos elementos de tal manera, que en los últimos diez años ha progresado hasta el grado de que la Santa Sede juzga que ya es tiempo de formar un obispado. Hoy se hallan en la Misión doce misioneros y se esperan otros; los primeros están divididos en cinco residencias bien atendidas, con iglesias de piedra ó de madera sólidamente construídas, y con inmejorables escuelas parroquiales. El Prefecto apostólico nombrado desde el año de 1888 por especial favor de la Santa Sede, posee una autoridad casi episcopal, con facultad de administrar el sacramento de la Confirmación. El número de las iglesias y capillas asciende á cuarenta y ocho, el de las escuelas á catorce, con más de mil alum-

ciben su diploma de profesores. A los ministros corresponde luego elegir el lugar donde se ha de establecer la escuela, proveerla de las habitaciones y útiles necesarios, elegir los libros de texto conforme al plan de estudios hecho por el Gobierno, incluyendo también los de Religión, la cual puede enseñarse en horas determinadas. Al fin de cada mes deben los maestros enviar al Gobierno un estado que manifieste el número de los alumnos que asistieron cada día, tomado del Registro que se tiene en la escuela: ese estado sirve como documento para que el profesor reciba su paga mensual de tres ó cuatro pesetas por alumno presente en el mes. Magnífico sistema, que anima al maestro á procurarse buen número de discípulos. Al fin del año escolar se presenta el inspector á examinar uno por uno á los

alumnos, dando un premio graduado, según la clase, al maestro por cada discípulo que presenta á examen. Por este sistema, nuestras escuelas se sostienen por sí mismas, puesto que el Gobierno da cerca de treinta mil pesetas anuales según el número de alumnos, y mediante él podemos tener tantas escuelas cuantos son los pueblos católicos; pero desgraciadamente nos faltan maestros, y sólo de Europa podemos esperar alguna ayuda en materia tan importante.

A las escuelas están unidas la Asociación y la Congregación piadosa, según las diversas edades y sexos; pero entre todas ocupa el primer lugar la Sociedad Católica fundada en Belice á fines del año de 1879, y hoy propagada en todo el territorio: como á ella pertenecen las personas prominentes de la Colonia, produce con su solo ejemplo un efecto maravilloso, y á ella se debe la frecuencia en los Sacramentos, el respeto á los días festivos y el espíritu verdaderamente católico que anima á casi todos los habitantes y que esteriliza los esfuerzos de los sectarios del Protestantismo y de la Masonería: baste decir que en más de cuarenta años no ha sido posible á los masones establecer una logia en la Colonia, por la oposición abierta de los católicos de toda la ciudad.

Para sostener siempre este espíritu católico, y para tener en actividad la prensa de la Colonia, desde el año de 1886 se fundó una Revista mensual con el nombre de *Angelus*, cuyo objeto principal es tener al corriente á todos los católicos de lo que se hace en Belice y fuera de él en favor de la Religión; combatir con bien escritos artículos las falsas doctrinas que á veces se publican en los diarios de la Colonia, y ofrecer lecturas ajenas á los jóvenes católicos. Para dar mayor importancia al periódico, se fundó en el año de 1887 un pequeño Observatorio Meteorológico, y cada mes se publican en el *Angelus* las observaciones correspondientes, que al fin del año, coleccionadas, sirven para dar á la Sociedad Meteorológica de Londres idea del clima de la Colonia. Para facilitar más la circulación de la Revista, y proveer con el tiempo á la escuela de libros propios y á módico precio, se ha establecido en la casa-matriz de Belice una imprenta de mucha utilidad para la Misión, pues publica circulares, anuncios y programas.

Mucho resta aún que hacer; pero principalmente hay tres ó cuatro asuntos cuyo arreglo es indispensable; y para ello ha ido á Europa el Prefecto apostólico. El primero es el establecimiento de un obispado que tanto desean los católicos de la Colonia, y para la erección del cual no han perdonado sacrificios pecuniarios de ningún género.

Habiendo sostenido hasta ahora la Religión católica la preeminencia sobre las demás por su antigüedad, número de creyentes y trabajos, tememos perderla por la creación del obispado protestante que se verificó el año pasado. Por estas razones se hace necesario un obispo católico que, contrarrestando la influencia del protestante, conserve siempre la influencia de la Iglesia católica.

A éste sigue el segundo, digno de las Misiones de la Compañía de Jesús, que es el de atraer á la Iglesia católica á los indios de Yucatán: da verdaderamente lástima ver á treinta mil indios sumergidos en los erro-

res de la idolatría, sin sacerdotes, sin Sacramentos, cometiendo delitos atroces con el pretexto de una inspiración divina. Desde hace tiempo habíamos pensado en esta empresa apostólica, pero el escaso número de misioneros nos ha impedido acometerla. Dios quiera que por estas cortas líneas y por la presencia del Superior de la Misión, se despertara en alguna alma generosa el celo por la salvación de estas almas, y con un generoso sacrificio se ofrezca para la difícil empresa.

Para hacerla más fácil será necesario establecer una residencia de los Padres de la misma Misión, en Yucatán, que es la parte civilizada, y así obrar de acuerdo con el Gobierno yucateco en una empresa de tanta utilidad. El Obispo y los principales habitantes de Mérida lo desean ardientemente; pero faltan misioneros, pues su número actual es tan corto, que apenas bastan para satisfacer las necesidades de la prefectura.

Finalmente, para todas estas empresas y para continuar las ya comenzadas en la Colonia, y principalmente para establecer una nueva residencia que urge mucho, se necesitan los socorros pecuniarios, puesto que los bienes de la prefectura con dificultad pueden sostener lo ya fundado. Concluimos aquí con un llamamiento á los buenos católicos para que, compadeciéndose de nuestra Misión de Honduras Británica, la ayuden generosamente con alguna limosna proporcionada á la posibilidad de cada uno, recordando que el óbolo de la viuda mereció más gloria que la oferta generosa del rico.

TIERRA DEL FUEGO

Nuevos neófitos.—Audiencia pontificia

De una carta que el Rdo. P. José Fagnano, prefecto apostólico de las Misiones Salesianas en los más remotos países de la América Meridional, dirige al Superior general Rdm. Sr. D. Rua desde Puntarenas el 10 de Mayo de 1892, extractamos lo siguiente:

«La instrucción religiosa que damos á los fueguinos en la isla de Dawson produce opimos frutos, pues además de poner á éstos en camino de salvación, contribuye á atraer á los demás salvajes. Algunos indios que en la primavera partieron en sus canoas en busca de sus compatriotas, empiezan ya á volver acompañados.

«El día 5 de los corrientes, á la conclusión de unos ejercicios espirituales á nuestros hermanos de aquella isla, recomendé se orase mucho para que otros salvajes vinieran á aumentar la Misión. Oraron también los fueguinos, y once de ellos comulgaron á dicha intención. Pues bien, á las diez de la mañana del mismo día viéronse á lo lejos algunas canoas que se dirigían al puerto, con gran contentamiento de los indígenas, que celebraban llegasen nuevos huéspedes. Venciendo la corriente de las aguas, y calados hasta los huesos, pues llovía á torrentes, llegan por fin, y desembarcan dieciséis indios. Los nuestros corren á su encuentro, encienden fogatas y ponen en seguro sus embarcaciones. Las Hermanas de María Auxiliadora toman á su cargo vestir y albergar á los niños y mujeres, cubiertos apenas con algunas pieles, mientras los Salesianos proveen á los hombres de cuanto necesitan.

«Una vez calentados y satisfecho su apetito, que era extraordinario, el jefe, llamado Santiago, que había estado ya en nuestras Misiones, nos dió cuenta de su viaje: dijo que había encontrado á muchos indios, pero que sólo había podido traer quince por escasez de canoas, y que otros vendrían tan pronto tuvieran concluidas algunas que estaban construyendo con gran empeño.

«Mucho me complacía oírle hablar con tanta confianza con el P. Pistone, y en su lengua explicar á sus compañeros los detalles de nuestros trabajos, talleres, habitaciones, etc. Parecía que había vuelto á su propia casa, y con la mayor franqueza llevaba á los indios recién llegados de una á otra parte, diciéndoles: «Mirad cómo es cierto cuanto os dije.» Aquéllos le seguían atónitos al ver tantas cosas que eran para ellos verdaderas maravillas, una especie de nuevo mundo.

«Las limosnas que acababa de recibir de Europa han sido providenciales: la necesidad era extrema. ¡Recompense el Señor con largueza á nuestros cooperadores!

«Prosiguen con actividad los preparativos para la Misión que vamos á establecer en el Cabo Peñas, donde viven los salvajes de la tribu de Onas, que nunca ha visto brillar la luz de la verdadera civilización. No obstante, como la nieve blanquea las montañas, y se deja sentir el frío con mucha intensidad, será preciso suspender la marcha hasta que vuelva el buen tiempo.

«El P. Beauvoir parte con algunos indios á Montevideo, desde donde se dirigirá á Génova.»

Los indios á que se refiere el P. Fagnano, un matrimonio con dos hijos, hace algunas semanas están ya en Europa. Los dos muchachos, de nueve y diez años, trocaron el arco y las flechas por la pala y el azadón con que en la isla de Dawson los Salesianos empezaron á enseñarles las tareas agrícolas. Convertidos al Cristianismo como sus padres, han aprendido el español, y tomado, en vez de las pieles de lobo y guanaco con que se cubrían, los vestidos europeos. Con ellos llegó también un niño indígena de la tribu de Onas.

El Ilmo. Juan Cagliero, vicario apostólico de la Patagonia Central y Septentrional, y obispo titular de Magida, ha venido con un patagón de diecisiete años, llamado Santiago Melipán, que habla con facilidad el español, comprende el italiano, y es buen zapatero y músico. Su padre combatió heroicamente contra las fuerzas argentinas en 1882, pero toda su familia y su tribu, en número de trescientas personas, cayeron prisioneras y fueron llevadas á Chichinal, cerca del Río Negro, donde los misioneros Salesianos los instruyeron y bautizaron juntamente con otros setecientos salvajes de la tribu del cacique Sayneque.

Una hermana y una hija de éste, jovencitas aún y educadas en Patagonia por las Hermanas de María Auxiliadora, han venido en compañía de sus maestras. Llámense Severina y Josefina, hablan también el español, cantan bien, y trabajan y bordan con tanta habilidad que han obtenido premio por sus labores. Visten traje sin mangas, que ciñe cinturón adornado con cuentas de vidrio y de plata, y llevan además un manto que les llega hasta los pies. Como descendientes de caciques araucanos, usan brazaletes y collares de plata.

El Ilmo. Cagliero el 15 de Noviembre último, al postarse con otros misioneros y Religiosas Salesianos á

los pies del Sumo Pontífice, tuvo el honor de presentarle los referidos indios, con trajes europeos, excepto Santiago Melipán, que vestía á la usanza de su país. León XIII, después de haberlos admitido á todos á besarle el pie, manifestó su satisfacción por tener en su presencia las primicias de las Misiones Salesianas. Entonces Melipán leyó en italiano el mensaje siguiente: «Beatísimo Padre: Permitid que un afectuoso hijo vuestro venido desde las más remotas tierras australes, prostrado á vuestros pies exponga en nombre de todos sus paisanos de Patagonia y de la Tierra del Fuego los sentimientos de adhesión, de gratitud y de filial afecto que nuestro corazón abraza hacia Vuestra Santidad. Poco tiempo hace éramos salvajes y una tribu errante: no conocíamos á Dios, nuestro Criador, ni á Jesucristo, nuestro Redentor, ni á su Vicario en la tierra; mas ahora somos hijos de Dios y de la Iglesia, herederos del paraíso, miembros de la familia cristiana, y por lo tanto hijos de la civilización. A Vos, Beatísimo Padre, debemos estos inmensos beneficios; á Vos que nos enviásteis los misioneros Salesianos, quienes nos han instruido en la vida de la fe, y nos han librado de la muerte del error y del pecado. Gracias sean dadas á Dios y á Vos, Beatísimo Padre, por este inmenso beneficio. Dignaos ahora bendecirnos á todos: bendecidnos á los presentes y á nuestros compañeros lejanos; bendecid nuestras tierras y cabañas. Bendecid á aquellos que todavía no os conocen, á fin de que iluminados también ellos con las luces de la fe, lleguen á poseer la gracia de Dios y conseguir su eterna salvación. Hacemos votos por vuestra preciosa salud en estas fiestas jubilares, y rogamos á Dios que se digne consolarnos en vuestras tribulaciones, y conservaros para bien de la Iglesia y salvación de la sociedad.» Después de la lectura de este mensaje el Papa tomó de las manos del joven Melipán el manuscrito, diciendo que lo conservaría gustoso como gratísimo recuerdo de su Jubileo Episcopal. Pronunció breves palabras en contestación al mensaje, y dirigiéndose á los misioneros, exhortóles á perseverar en su fructuoso apostolado, y los bendijo, lo mismo que á todas las Misiones y Casas Salesianas. Dirigió, por último, palabras de aliento á todos, y bendijo y tocó con sus manos los objetos de devoción que cada uno le iba presentando. A un indio pequeño, llamado Marcos, lo abrazó con paternal efusión, diciéndole: «¡Oh, éste será el católico más grande de los fueguinos!»

UNA EXCURSIÓN POR GALILEA

De una correspondencia que desde San Juan de la Montaña escribe el Rdo. P. Agustín Azpiazu, M. O., al reverendo Padre Director de *El Eco Franciscano* con fecha 25 de Septiembre último, extractamos los siguientes pormenores de su visita á los Santuarios de la comarca de Galilea, tan gratos al corazón creyente.

ERAN las tres de la tarde del día 18 de Agosto del pasado año cuando en compañía de otros dos Religiosos sacerdotes y de un secular del rito maronita del monte Líbano, arabista de los más instruidos, empecé mi viaje. Llevábamos por guía un joven

turco muy práctico en los caminos y conocedor de los lugares sagrados é históricos más memorables del Antiguo y Nuevo Testamento.

Puestos en camino, salimos de la Puerta Nueva, que dista pocos pasos de nuestro convento de San Salvador, y costeano el establecimiento ruso que se halla á las afueras de la ciudad, á los diez minutos estábamos enfrente al monumento de Helena, reina de los adiabenos, y de su hijo Isates, que, convertidos al judaísmo, quisieron que sus restos descansaran en la Santa Ciudad. Este monumento es conocido vulgarmente por el nombre de *Sepulcros de los Reyes*. Es una grandiosa excavación en roca viva, parte al descubierto y parte en subterráneo. Desde el nivel del suelo arranca una anchísima escalera que consta de veintidós gradas muy anchas cortadas en la roca y dispuestas de modo que, recogiendo las aguas pluviales, las conducen á dos cisternas que se hallan en el fondo de la escalera, y que probablemente servirían para los lavatorios. Por un lado se abre un gran portón en arco, también cortado en la roca, que da entrada á una pieza cuadrada de veinticinco metros de lado y á la profundidad de ocho metros bajo el nivel de la tierra. A un lado de la pieza se halla el vestíbulo que en tiempos anteriores figuraba estar sostenido por dos columnas formadas de la misma roca, pero ahora no queda de ellas sino las basas destrozadas y un trozo de capitel pegado al arquitrabe. A la parte izquierda del vestíbulo se encuentra una abertura semicircular de un metro, por la cual se pasa á un subterráneo donde se hallan varios departamentos que contienen nichos sepulcrales cortados á pico en la roca viva.

Siguiendo nuestro camino, entramos á los pocos minutos en el antiguo camino romano, tan lleno de pedruscos sueltos, que á duras penas podían andar las caballerías. Atravesando el melancólico *Valle de Josafat*, subimos á una altura desde la cual se distinguen perfectamente *Madin*, patria de los esforzados Macabeos, y *Ramathaim-Sophim*, patria y sepulcro del

profeta Samuel. A poco rato de andar nos encontramos en la cima del monte *Scopos*, á donde el sumo sacerdote Jaddo, vestido pontificalmente y acompañado de gran número de sacerdotes y gente del pueblo, llegó en otro tiempo desde Jerusalén á encontrarse con Alejandro Magno, á fin de aplacarle de la ira é indignación con que éste venía contra la Santa Ciudad. El grande y valeroso Alejandro, al ver el aspecto majestuoso de aquel Pontífice y el nombre de Jehová escrito sobre la tiara, no sólo se aplacó, sino que postrado en tierra le adoró, y entrando en Jerusalén, ofreció sacrificios al Dios verdadero, á quien ni conocía ni pensaba conocer.

Proseguimos el camino romano, ancho y pedregoso, y después de media hora divisamos desde una colina el Mar Muerto y la antigua *Anathot*, patria del profeta Jeremías. La colina, en cuya cima nos encontramos, se llama *Tel-el-Soma*, y corresponde á la antigua *Gabaa*, de la tribu de Benjamín, y lugar donde los benjamitas cometieron aquel horroroso é infame delito en la mujer del Levita de Efraim, que fué motivo de la casi total destrucción de la misma tribu de Benjamín. *Gabaa* fué también patria de Saúl, primer rey de Israel.

Volviendo al camino, proseguimos la jornada,

descubriendo en lontananza varios pueblecillos, y entre ellos *El Gib*, la antigua *Gabaón*, donde sucedió la prodigiosa prolongación del día cuando Josué exclamó: *Sol, contra Gabaón ne movearis*. Pocos minutos después dejamos el camino romano, y seguimos otro sin hallar en el trayecto cosa digna de importancia, si no es un trozo de columna plantado en tierra y que, según dicen, es una memoria ó monumento militar de las legiones romanas. Al cabo de una hora y media dejamos á la derecha la senda que conduce á *El-Bir*, la antigua *Beeroth*, en la cual, según tradición cristiana, la Virgen María y San José notaron la ausencia del Niño Jesús cuando regresaban de Jerusalén después de haber visitado el Templo. En este pueblecillo consérvase aún en pie gran parte de una iglesia edificada por los cru-



Ilmo. VAN DEN BOSCH, capuchino, arzobispo de Agra. (Pág. 23)

zados en memoria de aquel suceso evangélico, como ya desde los primeros tiempos del Cristianismo había existido.

Dejando el camino de *Beeroth* tomamos el que conduce á *Ramalah*, y atravesando grandes campos plantados de viñas y de higueras, guardados de trecho en trecho por torres de muro seco, llegamos al dicho pueblo de *Ramalah* una media hora antes de la puesta del sol. *Ramalah* es una población de unos cuatrocientos habitantes, casi en totalidad cristianos, parte católicos y parte griegos cis-máticos. Está situada en un ameno y pintoresco valle y rodeada de extensas viñas. Hay una iglesia y escuelas encomendadas á un misionero del clero secular. Así que llegamos nos dirigimos á la casa del referido misionero, que era nuestro buen amigo D. Jácomo, nazaretano, persona de un carácter bondadoso, caritativo y afable. Por la mañana hubimos de madrugar mucho, porque aquel día debíamos caminar diez horas para llegar á Naplusa, *Sichen*, á fin de pernoctar allí.

Puestos ya en marcha, atravesando campos y valles, volvimos á encontrar el camino directo que el día anterior habíamos dejado; y prosiguiendo por éste, al cabo de tres horas nos encontramos en *Beitin*, la antigua *Bethel*. Esta población es sin duda una de las más antiguas y más célebres en la historia del pueblo hebreo.

Aquí fué donde Jacob vió en sueños la escala misteriosa, por la cual subían y bajaban Angeles del cielo, y Dios le prometió dar á su posteridad la tierra en que descansaba, y multiplicar su descendencia como la arena del mar. Y Jacob despertando exclamó: *Quam terribilis est locus iste! non est hic aliud, nisi domus Dei, et porta cæli*; y levantándose, tomó la piedra que

le había servido de cabezal, y derramando sobre ella aceite, la erigió en monumento, llamando *Bethel*, Casa de Dios, á la ciudad que antes llevaba el nombre de *Luza*. El profeta Samuel iba todos los años á *Bethel* para pronunciar sentencia en las causas del pueblo. En los tiempos de San Jerónimo *Bethel* era una miserable aldea como lo es aún hoy.

Dejando *Betel* seguimos adelante el malísimo camino que, aunque trabajoso para las caballerías y fastidioso para los cabalgadores, no se nos hizo pesado por estar nuestra mente distraída con la idea de ver y de contemplar uno



LIBANO.—Fuente del Nahr-Ibrahim. (Pág. 23)

de los lugares más célebres de la Sagrada Historia, *Silo*, al cual poco á poco nos íbamos acercando. Eran las once de la mañana, sobre nuestras cabezas caía un sol de fuego, el aire estaba en tranquilo reposo, cuando, atravesando el hermoso valle de *Sin-Gil*, y subiendo una colinita, nos encontramos en medio de las ruínas de la tan célebre *Silo*. Descansamos un momento bajo la copa de un hermoso algarrobo, único ár-

bol que existe en todo el radio de *Silo*, y armándonos de la sombrilla para defendernos del sol, enemigo terrible y único en aquel lugar, fuimos recorriendo las solitarias ruinas que nos traían á la memoria tantos y tan sagrados recuerdos, y nos entristecía y oprimía el corazón el aspecto solitario y melancólico de aquel lugar sembrado de piedras y escombros. Recorrido que hubimos aquel valle de ruinas, recogímonos á nuestro algarrobo y tomamos la refección meridiana.

Tres horas largas estuvimos en *Silo*, y por mucho que mirábamos hasta donde podía alcanzar la vista, no vimos ánima viviente, ni siquiera un pajarillo. Parecía que en el mundo no existía otro ser más que nosotros, nuestros caballos y las moscas que indefectiblemente acompañaban á éstos. ¿Y ésta es *Silo*? nos preguntábamos admirados. ¿Es aquí donde Josué reunió el pueblo de Israel para repartir la porción de la tierra de Promisión á las siete tribus que aún no la habían recibido? ¿Es éste el lugar donde el Tabernáculo del Señor permaneció durante trescientos veintiocho años? ¿donde el Señor manifestó al niño Samuel las desgracias y calamidades de la casa de Heli? ¿donde el sumo sacerdote Heli quedó muerto cayéndose de la silla? ¿donde, en fin, se reunía el pueblo de Dios á darle culto y para pedir beneficios del cielo?... Sí; esta es *Silo*, y acaso nosotros pisábamos en aquellos momentos el mismo lugar que en tiempos antiguos sostenía el *Arca de la Alianza*. Y ¿por qué causa se halla *Silo* reducida á tanta soledad, á ruína tanta? Jeremías nos lo dice bien claro: «Id al lugar de mi descanso en *Silo*, donde mi nombre habitó desde un principio; y ved á qué lo he reducido por la maldad de mi pueblo Israel.»

Silo quiere decir *paz* ó *descanso*; quedémonos, pues, por ahora en este lugar de descanso, y otro día, Dios mediante, seguiremos el viaje.

DE CARTAGO AL SAHARA

POR EL RDO. P. BAURÓN, MISIONERO APOSTÓLICO

Al sabio escritor y misionero que hace pocos años alcanzó merecidos aplausos describiendo en páginas brillantísimas una excursión por Istria y Dalmacia, es debida la interesante relación, enriquecida con bellos grabados, de un viaje por comarcas desoladas y encantadoras que empezamos en este número, y que llamará sin duda grandemente la atención de nuestros lectores.

I.

La región púnica entre los antiguos poetas.—La región púnica en la historia.—La Iglesia de África.—El castigo.—Propósito del autor.

Los países de sol esplendente y de cielo azul, de la poesía y la historia; las regiones que, favorecidas por la naturaleza, ofrecen vestigios de los acontecimientos y las revoluciones de que fueron teatro, tienen para mí un encanto irresistible.

Después de la Palestina, santificada por la vida y milagros del Redentor; del Egipto, por tanto tiempo granero del linaje humano; de la Grecia, santuario de las artes y la filosofía, y de Italia, señora del mundo, ninguna comarca me atrae con tan vivo interés como la

que se extiende desde el cabo Blanco de Bicerta hasta el fondo de la pequeña Sirte.

Célebre fué ya entre los antiguos. Eligiéronla para su refugio los cananeos que pudieron librarse de la espada de Josué; y según San Agustín, Procopio y los historiadores árabes, los bereberes de Túnez y de la Kabília descenden de esos asiáticos. Como recuerdo de tal origen muchas de sus poblaciones conservan el nombre típico de Chenini.

Herodoto habla de los lotofagos y los malelios, habitantes de las riberas del río y lago Tritón. Este lago, hoy denominado Djerid, fué cuna de la Minerva líbica, que por esta causa se llamó Tritonia. Timaetes declara que la ciudad de Nisa es patria de Baco, y Frerecide considera á Anteo, vencido por Hércules, como rey de los irasos, acampados en las mismas orillas, y de quienes, en la nomenclatura berebera, procede el nombre moderno de Irasen.

Junto al Tritón se levanta la isla de Fla ó de los Faraones. Encalla el Argos, nave de Jasón, en la embocadura del lago, y el dios de las aguas lo pone á flote por el precio de un trípode de metal. Cerca de allí viven los garamantes y los atarantes, pueblos líbicos dedicados á la agricultura, y más al Oeste los maxios, nómadasc descendientes de los troyanos.

Júntanse colonos fenicios á los primeros cananeos, y forman con ellos los libifenicios. Esta raza nueva, industriosa y fecunda, establece factorías y colonias en todas las riberas del golfo. Edifica á Kambe, que precede á Cartago, y las tres ciudades de Septis, Aea y Sabrata, recibiendo la comarca que embellecen el nombre de Tripolitana.

Completa Tiro la conquista del país, y son obra de sus colonos Hipo-Zaristos, Útica, Cosira, Tunes, Adrumetes, Tapso y las otras ciudades del litoral.

La poesía toma por su cuenta esas leyendas, esas tradiciones y esos primeros croquis de la historia, y Virgilio cuenta que Dido, huyendo del asesino de su esposo, se apodera del mejor puerto de la costa y funda Cartago, Hart-Hadacht en fenicio la ciudad nueva.

El Rey, que le cede tanto terreno como puede encerrar la piel de un buey, no ha previsto que la astuta Princesa hará cortar esta piel en tan delgadas tiras que basten para rodear el montecillo de Birsa. Empero al tener noticia de la marcha de Eneas, el suntuoso palacio que domina su capital no es más que una hoguera, y Dido extingue en las llamas su amor y su vida.

Salustio muéstranos en este suelo caldeado la astuta y fiera figura de Yugurta. Con Polibio y Tito Livio asistimos á las sangrientas peripecias del duelo entre Roma y Cartago. Por una parte Amílcar, Aníbal y Asdrúbal, y por otra Catón, Régulo y los Escipiones juegan un papel más pasmoso que los héroes de Homero en la lucha épica de griegos contra troyanos. Seguimos las penosas expediciones de Metelo y Mario contra Tala y Gafsa, y quedamos sorprendidos de las riquezas y productos que saca Roma de la inagotable Zeugitania y de la fértil Bizancena, que llegaron á ser sus más abundantes graneros.

El Evangelio á su vez conquista este país para el amor de la verdad y la práctica de la virtud. En él se desarrolla la Iglesia, y celebra cuarenta Concilios, y llega

á contar más de ciento cincuenta diócesis, de las cuales treinta y tres sedes son conocidas en nuestros días.

Tiene también sus Mártires: San Cipriano, San Bonifacio, otros en gran número, y especialmente la Masa Blanca de trescientos cristianos de Útica, que se arrojan con ardimiento, antes que adorar á los ídolos, en el pozo de cal viva que les sirve de mortaja.

Tiene asimismo sus Doctores inmortales. San Agustín y Tertuliano son de ellos las dos más grandes figuras.

Esta Iglesia de África, glorificada por la persecución, sucumbe al desborde de la herejía. En efecto: el Arrianismo y las diversas sectas á que da origen, disgregan insensiblemente el terreno de la doctrina, y como si fuese ley constante que en pos del error sobrevengan sangrientos cataclismos, atrae al suelo púnico los temibles vándalos, y con ellos el estrago de las ciudades y las hecatombes de los pueblos. El castigo, sin embargo, parece no es harto terrible para que abran los ojos esos rebeldes hijos de la cruz: no enmiendan sus costumbres; no renuncian á sus prácticas paganas ni á sus querellas dogmáticas, y vienen las hordas del Islam á completar su ruína, y á ahogar en sangre y con la mordaza de la esclavitud los últimos ecos de la enseñanza evangélica. Transcurren cerca de diez siglos, y el velo del olvido oculta á la historia la vida y los hechos de las tribus que acampan en aquel suelo de maldición.

Para poner fin á tamaño luto y sopor, precursores de la muerte, es preciso que aparezca el pabellón de una nación europea, y que un Príncipe de la Iglesia, heredero del título de Cipriano y del alma del Obispo de Hipona, cubriendo esas ruínas con su purpúreo manto, infunda en el escueto esqueleto de Cartago un soplo de resurrección, y levante en los mármoles de una Catedral católica su abatido esplendor.

Pero, bajo el yugo musulmán, los escasos descendientes de los primeros cristianos han perdido todo destello de verdad y el amor á la virtud. Encorvados bajo la cimitarra, sufren la ley del Corán, que entorpece los espíritus, esteriliza los campos, despuebla las ciudades y esparce por doquiera la soledad de la nada.

Lo mismo en el suelo púnico que en Palestina y el Asia Menor, la paz para el árabe consiste en el desierto: *Ubi solitudinem, pacem appellant.*

Han desaparecido las ciudades; las basílicas han caído en el polvo, y las columnas y los mármoles de los palacios y los templos, mutilados por los vencedores, yacen dispersos por todo el país. La tierra misma, despojada de su antigua vegetación, no ofrece ya el menor encanto. En otro tiempo el viajero marchaba desde Adrumeta (Susa) hasta el Estrecho de Gibraltar bajo un bosque de palmeras, olivos y encinas. Hoy están secas las fuentes, y los montes, despojados de los árboles, carecen de humus fecundante. Los bienhechores ríos ora son cauces enteramente secos, ora torrentes devastadores. Los pantanos apestan las llanuras bajas, y las arenas del desierto invaden las mesetas y cubren el emplazamiento de muchas ciudades. En una palabra, la degradación física ha seguido á la depravación moral.

Muchos y perseverantes esfuerzos, copiosos sudores de misioneros y quizá sangre de mártires serán preci-

sos para que esta provincia, que el cielo había adornado y enriquecido, y que los hombres han destruido y arruinado, goce los beneficios de la civilización. La prosperidad material acompaña siempre, con paso más ó menos acelerado, las conquistas de la caridad.

Magnífica historia pudiera escribirse de esta parte del África Septentrional, desde los tiempos mitológicos en que fué cuna de Minerva Tritonia, hasta la presente hora crepuscular de una aurora nueva de cristiana libertad, de progreso y civilización.

No es tal, sin embargo, el trabajo que voy á emprender. Mi propósito es más modesto, y más limitado mi cuadro.

Este país, al que los antiguos aplicaban especial y exclusivamente el nombre de *Áfrika*; este país, tan rico en recuerdos, tan desconsolador, tan lánguido en su vegetación, y sin embargo tan abundante todavía en fuentes termale, en oasis y en monumentos primitivos, lo he recorrido de Norte á Sur, de Este á Oeste á cortas jornadas. He estudiado sus vastas llanuras y sus bellas montañas, más ricas en minerales que notables por su altura. He excavado los escombros de las ciudades que desaparecieron, y he recorrido los desiertos de arena. He descansado junto las aguas y á la sombra de las palmeras de los oasis. A orillas del Chott, brillante con el polvo salino, he experimentado los engañosos efectos del espejismo, y he dormido en la caverna del troglodita, y acampado bajo la tienda del nómada, y recibido la *diffa* del berebere en la cumbre de un picacho, bajo la penascosa bóveda que alberga á su familia. He cabalgado por el cauce de los ríos, sobre el fosfato brillante de las colinas, en medio de la vasta planicie desierta, envuelto por el abrasador torbellino en que el siroco arrastra al viajero. En la tarde de los días de más bochorno, he dado descanso á mis fatigados miembros en la tienda de los oficiales, junto á un río, al delicioso frescor de una noche resplandeciente de estrellas.

Los vestigios del pasado, las observaciones del presente, los hechos diversos y las emociones del camino, los paisajes sorprendentes, y las costumbres de ciertas tribus, tan diversas de nuestros usos, es lo que me propongo exponer y referir á los lectores de *Las Misiones Católicas*.

Dos compañeros tengo en este viaje. Uno de ellos, el Sr. Eugenio Dumont, con su buena puntería nos provee de piezas de caza que asamos al aire libre. El otro, el Sr. Andrés Hebrard, excelente fotógrafo, fija de paso en la gelatina lo que nos parece digno de atención. Merced á su habilidad he reunido abundante colección de tipos, monumentos y paisajes, muchos de los cuales ilustrarán este relato.

Seré breve tocante al Norte de Túnez y las ciudades del litoral, para tratar con mayor extensión lo que concierne á los oasis, la región del Chott-Djerid, el país de los dátiles, los montes de los Matmatas, donde viven los trogloditas, y los de Duirat, morada de los últimos descendientes de los bereberes, de ojos azules y rubia cabellera, marcados en la frente con una cruz picada.

Oigo decir con frecuencia: «Ya nada queda que hacer en Túnez.» Lamentable error. La tarea apenas está empezada. La civilización europea no forma aún sino

una especie de faja en la costa tunecina: la masa del país está intacta. Inmenso trabajo le espera al colono de mañana: tiene que roturar llanuras, fecundar extensos terrenos, abrir caminos, encauzar torrentes, crear escuelas y edificar ciudades.

Por lo que respecta á la conquista de las almas, desgraciadamente no ha llegado todavía la hora de emprenderla. ¿Dónde están los mensajeros de la paz celestial y los apóstoles de la salvación? El Sur y el Centro no han visto todavía la huella de su paso, ni sorprendido el misterio de sus palabras.

II.

Túnez la Blanca.—La Puerta de Francia.—Las mezquitas.—Los Saks.—El Ramadán.—Población.—El porvenir.

Túnez la Blanca, que los poetas árabes llaman también la Verde, es considerada como la *Mansión de la di-cha*. Compáranla al albornoz del profeta, del que reproduce la forma, y levántase en lo más interior del canal cegado de Bahira.

Vémosla desde el golfo. A derecha

tenemos el cabo de Cartago, la linda ciudad de Sidi-bu-Said, la capilla de San Luís en la antigua colina de Birsá, la Catedral nueva, resplandeciente con sus calados de mármoles, y campos esmaltados de flores. A izquierda, la aldea de Rhades, Hamman-el-Lif y el monte de Zaguán, envuelto en lejana niebla.

La cinta de casas que sigue el cordón sinuoso del litoral es la Goleta. La mayor parte de los capuchinos

que custodian la iglesia son italianos, y pronto cederán su lugar á sacerdotes seculares. Me han dispensado cariñosa acogida.

Algunos presidiarios, encadenados de dos en dos, barren las calles bajo la dirección de un vigilante.

La calzada que conduce desde la rada al lago de Bahira es sumamente angosta. Las aguas de éste son cenagosas, y no alcanzan dos metros de profundidad. Los

peces circulan entre las algas marinas, y dedícanse á su pesca bandadas de aves de alas de fuego.

El desembarco, ahora incómodo y complicadísimo, se facilitará así que los trabajos de la draga permitan á los buques de gran porte acercarse á los muelles de Túnez.

Nos apeamos en la avenida de la Marina, que tiene doble hilera de árboles y una tranvía. A un lado hay los jardines y el palacio de la Residencia, y al otro la Catedral, la Administración de Correos y una fonda. Termina en la puerta de Bac-el-Bahar, hoy día Puerta de Francia.



SIRIA.—Príncipe maronita y su sirviente. (Pág. 23)

Esta puerta (*véase el grabado de la pág. 9*) levántase en la línea de las antiguas fortificaciones, y es poco pronunciado su arco en forma de herradura. En la parte superior flotan juntos el estandarte de Mahoma y el de Francia. Franqueada la puerta, hállase el transeunte en plena ciudad árabe. Cuatro calles desembocan en la plazoleta de la Bolsa. La de Mordjani conduce á la capilla y claustro de los Capuchinos. Antes de la erec-

ción de la Catedral esta iglesia era el centro de la única parroquia de Túnez. He asistido á la procesión de los cofrades de la Tercera Orden de San Francisco, y tanto el santuario como el claustro rebosaban de fieles.

Más lejos he pasado frente la mezquita de Djama-ez-Zituna, una de las más antiguas de la ciudad. Su columnata exterior, á pesar de sus tonos exagerados, produce algún efecto, si bien la falta de espacio impide verlo en su conjunto. Mientras que la visita de los monumentos religiosos árabes no ofrece la menor dificultad en Alger y aún en Keruán, la ciudad santa, está prohibida á los europeos en Túnez y en todas las otras ciudades de la Regencia. Dícenme que Djama-ez-Zituna es una antigua iglesia bizantina. En su interior hay ciento cincuenta columnas, procedentes de las antiguas basílicas de Cartago.

Fácil es, por lo demás, convencerse de ello: Las casas moriscas, como las galerías de los Suks y los patios de los palacios árabes, descansan en fustes de columnas de mármol, pórfido ó granito, de origen romano ó púnico. Los sillares superpuestos no concuerdan en el estilo, y con frecuencia ni siquiera en la calidad de la piedra. En Túnez sobre todo es donde hay que buscar las ruínas de la patria de Aníbal. Día vendrá en que el arqueólogo quedará gratamente sorprendido al descubrir inscripciones reveladoras bajo la capa de cal de las viviendas musulmanas.

Entre las otras diez mezquitas me han llamado la atención la de Becemkia y la de Bab-el-Djira, cuyo alminar cuadrado remata en un edículo muy semejante á la cubierta de las iglesias antiguas de Francia.

Para el aficionado á lo pintoresco nada es de tanto precio como un paseo por los Suks de ocho á once de la mañana. Figuraos calles angostas y enlosadas, con numerosas tiendas y pilares de mármol pintado sosteniendo grosero atalaje. Una multitud heterogénea se agita por esos corredores. El mercader, judío ó moro, sentado en una estera, borda las telas, trabaja el cordobán, bate el oro y la plata, cincela el cobre, ó encierra perfumes en elegantes frasquitos. La entrada al Suk de los Perfumes tiene un carácter marcadamente oriental. (Véanse los grabados, págs. 12 y 13). Oscuras galerías y numerosos callejones alternan con la claridad de las encrucijadas, inundadas por la deslumbradora luz del sol. Cada Suk presenta su peculiar aspecto. El de los sastres y el de los comerciantes en telas no tiene semejanza alguna con las tiendas de los armeros ni con los barrios de los libreros. Las encuadernaciones en piel amarilla ó roja me han parecido muy esmeradas; pero es muy difícil comprar un volumen, pues la mayor parte son obras sagradas, que el librero no entrega á las manos profanas de un *rumi*.

Esas calles enmarañadas, esos Suks olientes bajo una techumbre irregular, esos cafés moriscos provistos de esteras, por las cuales nadie anda sin descalzarse; esos Hammans, constantemente frecuentados por bañistas y donde se respira un aire nauseabundo, hace que Túnez se parezca á las otras ciudades islamitas, á Alger ó el Cairo, si bien con un aire más pronunciado aún de indolencia y desidia.

Los bailes indígenas, los ejercicios frenéticos de los aisauas, y ciertos espectáculos, muy en boga entre los

niños, gozan tal vez de una libertad que raya en licencia, y de un favor que no tendrían impunemente en otras partes.

El Ramadán ó cuaresma musulmana nada, á mi parecer, ha perdido de su primitivo fervor á pesar de la presencia y el contacto de los europeos. Raros son los espíritus fuertes que se atreven á burlarse de las prescripciones del Corán.

El ayuno empieza á las tres de la madrugada y termina al ponerse el sol. Durante este tiempo los fieles de Alá oran, duermen y se abstienen de fumar, comer y beber. Cuando el almuédano, desde lo alto del alminar iluminado con vasos de colores, llama al pueblo á la oración, y un cañonazo señala el fin de la abstinencia, vistosas luces brillan en el umbral de las casas, en la puerta de los cafés y en lo alto de las torres; enciéndense las pipas, y pasa de mano en mano la legendaria tacita de café.

Durante nueve horas los discípulos de Mahoma olvidanse del sueño y del trabajo, y se entregan á la más loca alegría. Primero faman, luego beben y en seguida comen, asistiendo después á representaciones lascivas, ó complaciéndose en oír, en el fondo de una *kuba*, al poeta ó novelero de barba blanca que sentado en un diván y recostado en la pared, improvisa lentamente, con todos los artificios de una retórica ampulosa, un fantástico cuento de *Las Mil y una noches*.

Los que tienen que reprocharse algún pecadillo se dirigen al Hamman. Una vez allí basta que se sumerjan completamente en la piscina, que se vistan un jaique limpio, que el barbero les rasure la cabeza, y la cubran luego con un turbante fresco, para que su conciencia recobre su blancura inmaculada, y vuelvan á ser santos á los ojos del profeta.

En las calles, vistosamente adornadas, parece se dan cita todos los trajes. Entre los albornoces blancos, los gandurás bordados, los turbantes verdes y las chechias rojas, nótese desde luego la máscara negra de las mujeres árabes, que andan montadas en el *kab-kab*, especie de coturno con el talón de madera, que se fija al pie por medio de un lazo.

Las judías, sin velo, pero embadurnadas con fenogreco, y cubierta la cabeza con un cono largo, dorado en su extremidad, muy semejante al de los antiguos astrólogos, aparecen en los terrados con sus grotescos pantalones de algodón blanco, que ciñe un cinturón rojo ó azul.

Los mercaderes disponen sus mesas al aire libre, y pregonan á voz en grito nuegados, granadas, pistachos tostados, langostas asadas, dulces y refrescos que los camellos huelen al paso por encima del hombro del comprador.

Las tiendas conviértense en lugares de reunión. En ellas los músicos, ocultos tras un ligero tapiz, llaman á los parroquianos á los acordes del violón, de la guitarra, de la churumbela, de la flauta, del batintín y de las castañuelas.

Añadid á los árabes los negros sudaneses, los beberes de barba rubia y algunos europeos, ingleses de casco blanco ó franceses de sombrero raro, y podréis formaros una débil idea del estado de Túnez durante las treinta noches del Ramadán.

Cada viernes, al dirigirse el bey en traje de gala, desde su palacio de la Marsa á una de las mezquitas, todos los trabajos quedan suspendidos y parece interrumpida la vida civil.

El inmenso Carnaval, que une á las austeridades de la penitencia los regocijos de la feria, tiene su centro de acción en el barrio de Alfaín, á corta distancia de la plaza de España, donde fué vendido como esclavo San Vicente de Paúl.

En tiempo de los romanos y los emperadores de Bizancio, esta región contaba más de doce millones de habitantes, no faltando autores que le señalaban veinte millones. Al presente no llega á dos millones, á pesar de lo apacible de su clima y de su exuberante vegetación. No podían menos de producir desolador efecto ocho siglos de yugo mahometano.

La ciudad de Túnez tiene ahora ciento cincuenta mil almas: los europeos ascienden á treinta mil. Bajo el protectorado de Francia la agricultura ha hecho grandes progresos; pero la parte conquistada á la producción por el trabajo y la industria de los colonos es casi insignificante comparada con la inmensa región inculta todavía.

(Se continuará).

NUESTRA SEÑORA DE LOURDES EN LAS MISIONES

LA devoción á la celestial Señora que en este siglo y en las fronteras de nuestra patria se apareció á una inocente pastorcilla, se propaga felizmente en los países de Misión, donde nuestra Inmaculada Reina derrama beneficios mil entre los nuevos convertidos.

En Inglaterra, en Constantinopla, en el Nuevo Mundo, entre cismáticos y mahometanos, constrúyense capillas á las que acuden fieles é infieles, movidos por la fama de las sorprendentes curaciones que se alcanzan invocando á Nuestra Señora de Lourdes, la que con maternal solicitud sana sus dolencias corporales para atraerlos á la fe de Jesucristo y salvar sus almas.

Muchas son las Misiones en que se venera á Nuestra Señora bajo dicha advocación, y creyendo complacer á nuestros lectores les daremos hoy siquiera breve noticia de cinco: las tres primeras de China, y las dos restantes de la Indochina.

En el Chen-Si Septentrional.—Grandes maravillas ha producido en esta Misión el título de Nuestra Señora de Lourdes; y el fruto de gran número de curaciones milagrosas ha sido un consolador aumento de devoción á la Santísima Virgen. Un devoto europeo creyó útil invitar al Vicario apostólico á erigir un santuario de Lourdes, y al efecto le remitió una hermosa Imagen de tamaño natural, para que la colocase en una de las numerosas grutas que se admiran en las montañas de aquel país.

En el Chen-Si Meridional.—Hace pocos años el Chen-Si formaba un solo Vicariato apostólico, confiado á la Orden de San Francisco. Ahora está dividido en dos, habiéndose encargado el Chen-Si Meridional, del que es vicario apostólico el Ilmo. Antonucci, sobrino del cardenal Simeoni, á los misioneros del Seminario de los Santos Pedro y Pablo de Roma.

Al recibir tiempo atrás el Ilmo. Antonucci agua y algunas imágenes de Nuestra Señora de Lourdes, manifestó el deseo de construir un día en su vicariato una gruta á semejanza de la que existe en los Pirineos. «Estos cristianos, decía, profesan extraordinaria devoción á la Santísima Virgen, y no cabrían en sí de gozo si contasen con un santuario como esos. Los mismos paganos se apresurarian á visitarlo, y no dudo que sería para muchos el camino del cielo.»

Su deseo está ya satisfecho, pues á principios de 1891 se le remitió una bellísima imagen de la Inmaculada.

En el Kiang-Si Oriental.—En este vicariato existe la importante manufactura imperial de porcelana. Un habitante de Limoges, juzgando que la erección de un Santuario á Nuestra Señora de Lourdes en el centro de la producción de la porcelana en China, sería una bendición para su ciudad natal, donde esta industria decae muchos años ha, envió una imagen de Nuestra Señora al Ilmo. Vic. obispo del Kiang-Si oriental.

En el Tunkin Septentrional.—El 28 de Julio de 1891, festividad de Santa Ana, ocurrió el tercer Centenario de la terminación, bajo el título de la Concepción Inmaculada, de la primera iglesia construida en el Tunkin. Habiéndose resuelto erigir un santuario á Nuestra Señora de Lourdes en el mismo solar donde se levantó esta primera iglesia, en 1889 envióse al vicario apostólico Ilmo. Puginier la correspondiente Imagen para el nuevo santuario votivo.

El año siguiente recibió otra nuestro compatriota el Ilmo. Colomer, vicario apostólico del Tunkin Septentrional, para la ciudad de Lang-Son, en cuyos alrededores hay multitud de grutas sumamente raras, en las que se rinde culto á Buda y á los genios. No dudamos que nuestros piadosos lectores elevarán sus preces al cielo para que el culto de la Santísima Virgen arroje de aquellas grutas maravillosas los diversos cultos paganos, y para que en Lang-Son, á las puertas de la China, se levante un santuario á Nuestra Señora, que sea presagio feliz de la conversión de aquel Imperio.

En el Laos.—Cuando en 1867 una Comisión exploradora remontó el Mekhóng hasta Lahkón, punto donde el caudaloso río está más cerca del golfo de Tunkin, encontró una colonia de emigrados anamitas que la recibió con júbilo.

Veinte años más tarde fundóse allí una Misión católica, y entre aquellos anamitas reconocieron los sacerdotes algunos fieles. Hoy es una cristiandad de las más florecientes, y á fin de fortalecerla é inspirarle el proselitismo apostólico, se la ha puesto bajo la protección de María Inmaculada, habiéndosele enviado ya una hermosa Imagen para que una de las admirables grutas del valle de Lakhón se transforme en santuario de Nuestra Señora de Lourdes.

CRÓNICA

La fiesta patronal de la Obra.—El sábado 3 de Diciembre último, día de San Francisco Javier, la Obra de la Propagación de la Fe celebró su fiesta patronal. Mientras en París el Consejo Central se reunía, según costumbre, en el Seminario de las Misiones Extranjeras, en Lyon se celebró la solemnidad en la iglesia de San Francisco de Sales. Después de la Santa Misa el

Ilmo. Le Roy hizo un elocuente llamamiento en favor de los misioneros, que tan gozosos prodigan su vida por la Iglesia y la civilización, y que sólo piden á sus hermanos de Europa recursos materiales y la limosna de la oración. Por la tarde el mismo Prelado dió en el salón de sesiones de la Sociedad de Geografía una conferencia sobre el Zanguebar, y en particular sobre la región del Kilima-Ndjaró. Respecto á sus habitantes, sus costumbres y su religión, el matrimonio, la esclavitud y la antropofagia, etc., dió numerosas noticias llenas del mayor interés.

En Madrid se celebró con el mayor esplendor en la iglesia parroquial de San José la Misa de Comunión que en honor de San Francisco Javier, su glorioso patrono, celebra, en cumplimiento de sus Estatutos, la Asociación universal de fieles que forman parte de la Obra de la Propagación de la Fe. La iglesia estaba engalanada con gusto y suntuosidad, y en la Comunión que distribuyó el venerable Prelado, no bajó ciertamente de ochocientas personas el número de los que la recibieron. La plática que dirigió al final al piadoso auditorio el excelentísimo señor Arzobispo-Obispo, animándolo á proseguir en esta obra apostólica de oraciones y limosnas, sostén poderoso de las Misiones, fué sentida y elocuente. La Junta general de la tarde, en la iglesia del Carmen, presidióla el reverendísimo señor Nuncio apostólico, el Prelado de la diócesis y el señor Obispo de Astorga. Después de la lectura del acta y de dar cuenta de los puntos preparados para la Junta, recomendaciones y oportunos avisos, ocupó la cátedra sagrada el Rdo. P. Font, procurador general de los Agustinos de España, quien hizo un brillante panegírico de la Obra de la Propagación de la Fe, en el que recorrió las etapas distintas del misionero católico, y el vasto contingente de soldados y mártires de la fe que han dado en todos tiempos, y están dando hoy, por modo prodigioso, las Órdenes y Congregaciones religiosas. La reserva fué solemne, y la concurrencia muy crecida.

En la capilla de San Francisco Javier, de la Catedral de Pamplona, congregáronse los asociados á la Obra de la Propagación de la Fe para oír la Santa Misa y recibir el Pan de los Angeles. Celebró el Santo Sacrificio y administró la Sagrada Comunión el dignísimo Prelado, quien ponderó, en fervorosa plática, las excelencias de la Obra de la Propagación de la Fe, diciendo que todo cristiano debía interesarse por ella y favorecerla cuanto pudiese. Añadió que en Navarra, sobre todo, era preciso que echase hondas raíces, creciese y ampliamente se difundiera la Obra de la Propagación de la Fe, ya que Navarra tiene la dicha incomparable de contar entre sus hijos al Apóstol de las Indias San Francisco Javier, en cuya alma alentó vivísima la fe que tan maravillosamente propagó. «El Señor galardonará con el premio eterno, dijo finalmente el Prelado, á los que se afanan por ver en sí mismos y en los prójimos santificado el nombre de Dios.»

Marsella.—Una piadosa cristiana, ambicionando los méritos de las santas mujeres de quienes se habla en el Evangelio, abrió en Marsella, boulevard Longchamps, n.º 66, con el nombre de Betania, una casa donde se alberga á los misioneros transeúntes. Desde el 8 de Mayo de 1881, en que se fundó esta obra apostólica, ochenta y un Prelados y tres mil treinta y cuatro misioneros, pertenecientes á más de veintitrés Congregaciones y destinados á las cinco partes del mundo, han recibido en ella generosa hospitalidad.

Noruega.—Gracias al celo y á los trabajos apostólicos del Ilmo. Fallice, obispo titular de Glusa, las conversiones son cada día más numerosas en Noruega. Este país sólo contaba en 1875 con algunos centenares de católicos, y ahora las estadísticas oficiales consignan cerca de cien mil. Gracias á Dios se van desvaneciendo las prevenciones en Cristiania, donde el año último los poderes legislativos concedieron á los católicos todas las libertades religiosas compatibles con la Constitución del país, y abolieron por unanimidad la disposición constitucional en que se prohibía á los católicos el acceso á ciertos empleos públicos. Además han tomado en consideración una proposición presentada para que se retire la prohibición impuesta á las Órdenes religiosas, especialmente á la Compañía de Jesús, de establecerse en Noruega.

Siria.—Desde Berito nos escribe un misionero:

«Como sabe V. perfectamente, más que por el origen y la sangre, la población de Berito se distingue por la variedad de cultos. Los drusos habitan los valles meridionales y el Hermón, y se mezclan con otras comuniones en las llanuras que rodean sus fortalezas de granito. Los metualis, musulmanes quíitas, están dispersos en Tiro, Sidón y los valles de la Celesiria. Los maronitas, mucho más numerosos (cerca de trescientos mil), están sólidamente agrupados en cuerpo de nación, y pueblan con preferencia la vertiente occidental del Libano, entre Nahr-el-Kelby y Nahr-el-Barid. Sus jeques (véase el grabado de la pág. 20), esto es, los más notables por la antigüedad de su familia ó por su fortuna, ejercen grande influencia. La mayor parte de la población se dedica á la agricultura, y algunos artistas producen joyas que se tienen en mucha estima.

«Vista desde el mar, la prolongada cresta del Libano, azul en estío y plateada con la nieve en invierno y primavera, ofrece un aspecto verdaderamente grandioso. Abundan los ríos en la vertiente occidental de la cordillera, siendo de los más notables el Nahr-Ibrahim, uno de cuyos afluentes procede de la gruta de Afka. Este sitio es de los más imponentes y justamente famosos de aquel país (véase el grabado de la pág. 17), tan rico en paisajes amenos y pintorescos.»

Agra (Indostán).—El 4 de Agosto último el Ilmo. Van den Bosch, capuchino, arzobispo de Agra (véase su retrato, pág. 16), tomó solemnemente posesión de su sede episcopal. La antevíspera recibieron en la estación del ferrocarril muchos misioneros y multitud de fieles, que le acompañaron á su residencia, donde se habían levantado arcos de triunfo. En dicho día 4 numerosa asistencia llenaba la Catedral de Agra. Terminadas las ceremonias que el Ritual prescribe, S. I. recibió el homenaje del clero, y celebró la Misa de pontifical.

A la bondad del Rmo. P. Gonzalve, provincial de los Capuchinos de Bélgica, debemos las siguientes noticias biográficas.

El Ilmo. Manuel Van den Bosch nació en Amberes (Bélgica) el 18 de Junio de 1854. En Mayo de 1873 ingresó en la Orden de los Capuchinos, y partió para las Indias en 1884. Después de haber sido consejero y canciller del Obispo de Allahabad, se trasladó á principios del año 1890 á la Misión del Penjab, encomendada á la provincia belga. Habiendo pasado á mejor vida el 14 de Julio de este mismo año el Ilmo. Sinforiano Monard, obispo de Lahore (Penjab), fué elegido para sucederle el Ilmo. Van den Bosch. En este puesto eminente brillaron desde luego sus cualidades, y el 11 de Julio de 1892 fué promovido al arzobispado de Agra, vacante por fallecimiento del Ilmo. Jacopi.»

Golfo de Guinea.—El Rmo. P. Armengol Coll, del Inmaculado Corazón de María, desde Santa Isabel de Fernando Poo escribe con fecha 16 de Septiembre de 1892:

«En medio de los trabajos inherentes á estas Misiones, el Señor nos depara de vez en cuando ciertos consuelos que nos sirven de poderosa ayuda para llevar aquéllos con paciencia.

«El 8 de Septiembre tuve el dulcísimo consuelo de recibir la abjuración que hizo de sus errores un protestante, de treinta y nueve años de edad, llamado Manuel Francisco Hushbee, nacido en Galet Caaols Addah, cerca de Acra (Sierra Leona).

«La secta protestante á que pertenecía, se llama Sociedad Evangélica de Alemania, la cual, según las noticias que nuestro nuevo prosélito ha dado, admite todos los Sacramentos, incluso los de la Confesión y Sagrada Comunión; sin embargo, esta última la administran en las dos especies de pan y vino. Difieren además, en negar á María la virginidad después del parto; en negar, por supuesto, la obediencia al Papa, el culto de las sagradas imágenes, y la celebración del domingo en lugar del sábado. No admiten tampoco todos los libros de la Sagrada Biblia. El comportamiento que lleva el neófito después de su abjuración, es satisfactorio. ¡Quiera el Señor llamar á muchos de este modo, para lo cual confiamos en las oraciones de nuestros Colegios, y de los muchos bienhechores que por nosotros se interesan, los cuales harán así fructuosos nuestros trabajos, y después seremos todos partícipes del mismo premio.»

Liberia.—El Presidente de esta república ha dirigido á Su Santidad una atenta carta solicitando el envío de misioneros católicos. La república liberiana, situada en la costa occidental del Africa, hacia el golfo de Guinea, cuenta apenas dos millones de habitantes, pero el radio de su acción se extiende á más de doce millones, y su situación le asegura decisiva influencia en el porvenir. El día en que las Misiones católicas hayan adquirido todo su desarrollo en Liberia, esta república podrá ser un foco intenso de propaganda católica y un centro de atracción para los pueblos vecinos.

VARIEDADES

LAS SOCIEDADES SECRETAS EN CHINA

Los ataques de que vienen siendo objeto las Misiones católicas establecidas en China, y que, por la frecuencia con que se repiten, han llegado á hacer muy crítica su situación en el Imperio, son organizados, dirigidos y ejecutados por las Sociedades se-

cretas, cuyo lema principal es la guerra á los extranjeros.

De estas Sociedades, la que ha adquirido mayor notoriedad es la *Kolao Lwei*, ó sea de los Hermanos mayores.

Esta Sociedad, cuyo nombre es bien conocido en todos los puntos donde los europeos están en contacto con los chinos, ha llamado la atención de los representantes de las naciones extranjeras, adquiriendo el convencimiento de que en todas las clases de la sociedad china tiene numerosos partidarios dicha Sociedad, cuya existencia y organización data de 1886.

Dos chinos fueron acusados de robo, y hubieron de comparecer ante el tribunal mixto de San Francisco.

En el curso del proceso, el juez descubrió una carta de admisión escrita en caracteres chinos, y uno de los acusados, para librarse de la prisión, reveló la manera de funcionar la Sociedad *Kolao Lwei*.

Súpose entonces que muchos oficiales de diferente graduación, pertenecientes al ejército y á la marina, y muchos mandarines, prestaban su apoyo secretamente y contribuían al desarrollo de la Sociedad. Se abrió una información, y se averiguó que uno de los fines que perseguía era mantener un estado de insurrección latente entre las altas clases sociales, contra la dinastía reinante. Esta Sociedad tiene muchos puntos de contacto con la Francmasonería.

Hace algunos años los *kolaos* provocaron la cólera del Gobierno de Pekín por sus tendencias socialistas, que tenían alarmada á la corte imperial. Se formó un expediente, pero no dió resultado alguno por la lentitud del procedimiento administrativo; la nueva Sociedad secreta denunciada y perseguida pudo continuar activamente su propaganda. En la actualidad está en constantes relaciones con los más poderosos virreyes, y se propone nada menos que derribar el Poder central.

Créese generalmente que la *Kolao Lwei* se formó en Hunán, cuna de otras Sociedades del mismo género, y que el difunto Tseng-Kivo-Chuan, virrey de Nanking, fué uno de sus más activos promotores. El Virrey actual también formaba parte de la misma, pero se ha separado de ella por miedo.

La *Kolao* le ha declarado traidor y le ha amenazado con el asesinato, la rebelión y con la destrucción de todos los bienes pertenecientes á los extranjeros que residen en su territorio, para crearle así un conflicto con el Gobierno central y con las potencias europeas.

Como se sabe, han llevado á cabo la última amenaza, y se cree que continuarán con tenacidad la obra de destrucción comenzada, á pesar de las medidas de rigor decretadas en Pekín.

La audacia de los *kolaos* no tiene límites. Cuando murió el virrey de Nanking, Tseng-Kivo-Chuan, algunos afiliados penetraron en su residencia, á pesar de la oposición de la guardia, y se apoderaron de varios documentos importantes, así como de los sellos del Virreinato, de que estuvieron sirviéndose impunemente durante muchas semanas.

El punto flaco de esta Sociedad es el no tener un jefe reconocido, siendo una persona oscura, que vive en una aldea, la que, al parecer, dirige el movimiento por medio de una correspondencia misteriosa. Dicese

que el Virrey actual de Nanking había pensado en ponerse á la cabeza del movimiento, pero había retrocedido, por el convencimiento que tenía de que el momento elegido no era oportuno.

La *Kolao* tiene ramificaciones en todo el Imperio, y recluta sus adeptos entre los descontentos y los desheredados de la fortuna, cuyo número es incalculable.

El elemento militar está bien representado, pues figuran en ellas muchos generales y oficiales que, recibiendo una pensión de retiro irrisoria, se han adherido á la Sociedad, que les promete un porvenir más risueño. Abrigan la esperanza de que caerá el Gobierno, ó se provocará una guerra civil que utilizará sus servicios.

Entre ellos hay muchos enemigos del virrey actual de Nanking, Lin-Chang, que han sido perseguidos por él y privados de su sueldo, y éstos son los que organizaron las turbulencias populares de que fueron víctimas los europeos.

EL ELEFANTE BLANCO

UNA de las cosas más curiosas que pueden verse en Bang-kok son las reales cuadras de los elefantes. Ocupan este verdadero palacio nueve de estos paquidermos, cada uno de los cuales tiene un departamento especial donde puede moverse con toda comodidad.

Entre los nueve se encuentra un elefante blanco, al que consideran como sagrado, siguiendo la supersticiosa costumbre que hay en el país de consagrar un verdadero culto á estos animales.

La santidad del elefante blanco data de los tiempos más antiguos del budismo. Por eso su captura reviste para el país una importancia excepcional. En 1882 fué cogido el último, y este acontecimiento produjo un entusiasmo loco entre la población, á causa de las venturas que para el reino predecían los astrólogos. Los dos indígenas que habían cazado el elefante recibieron como recompensa títulos de nobleza, cuatrocientos *tikals*, ó sean mil doscientas cincuenta pesetas, y cuatro kilómetros cuadrados de tierra.

Algunos días después de su captura, el elefante blanco hizo su entrada solemne en Bang-kok para ser llevado á las cuadras reales, y fué preciso hacer los preparativos para la recepción. Todas las tropas cubrían la carrera por donde había de pasar el elefante. Varias bandas de música precedían á la comitiva, tras de la cual venían el rey y su hermano el príncipe Damrong.

Finalmente, detrás marchaba majestuosamente el pretendido elefante blanco, que no pasaba de ser de un color aproximado, y al que sin embargo, todos saludaban con verdadero respeto, inclinándose hasta el suelo y llevando las manos á la frente.

Uno de los sacerdotes de Buda le presentó una hoja de caña de azúcar, en la cual se había escrito un nombre, y el animal no puso reparo en comérsela.

Después de esto se lavaron y perfumaron los servidores, y quedó la ceremonia terminada.